

Autor de bestsellers de *USA Today*

AMY SANDAS

*Cuando el amor
está predestinado...*

Bésame Macrae

Bésame, Macrae

Amy Sandas

Contenido

[Bésame, Macrae](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo catorce](#)

[Capítulo quince](#)

[Capítulo dieciséis](#)

[Capítulo diecisiete](#)

[Epílogo](#)

Capítulo uno

Inverness, Escocia

Diciembre de 1823

La señorita Allegra Smithson, nativa de la ciudad de Nueva York, se ajustó la capa con capucha forrada en piel y remeti6 la barbilla para evitar que la lluvia helada impactara directamente sobre su cuerpo. Enseguida, corri6 desde el carruaje a refugiarse en una pequeña posada escocesa sin que sus botas apenas tocaran el suelo helado.

Sin embargo, se tuvo que detener un momento en el pequeño vestíbulo para pisarse los dedos de los pies porque los tenía entumecidos. Entonces se dio cuenta de que en el salón de la posada se estaba celebrando una ruidosa fiesta.

El cochero le había dicho que la posada estaba casi llena, y que solo quedaba una habitación disponible para dormir, pero no le mencion6 que aparentemente en esa misma noche se iba realizar una gran celebración en el salón.

Allegra consider6 brevemente la posibilidad de buscar otro alojamiento más tranquilo, pero ya pasaba de la medianoche, y a medida que avanzaban hacia el norte cada vez había menos pueblos en el camino. Aunque había personas que podían dormir perfectamente en un carruaje que se tambaleaba y traqueteaba al avanzar por lo accidentados caminos rurales, a ella eso no le gustaba.

Necesitaba la comodidad de una cama cómoda y cálida. De todos modos, con lo cansada que estaba, era poco probable que el desapacible ruido que salía del salón fuera a mantenerla despierta.

Al salir del vestíbulo, cruz6 hacia un gran espacio abierto, e inmediatamente se dio cuenta de que las risas estruendosas, y las conversaciones casi a gritos, procedían de un grupo relativamente pequeño de hombres que estaban sentados de cualquier manera alrededor de una gran chimenea de piedra en el otro extremo del salón. Llevaban ropa de tonos terrosos y vestían a la manera funcional de los comerciantes y granjeros. A juzgar por su actitud distendida, y las abundantes jarras que cubrían sus mesas, parecía que llevaban varias horas de celebración.

Uno de ellos, un tipo bajito, calvo y de mejillas redondeadas, se incorpor6 hasta ponerse de pie sobre una silla que se balanceaba peligrosamente bajo su cuerpo oscilante. Se aclar6 la garganta ruidosamente y agitó las manos para llamar la atención de quienes lo rodeaban.

Allegra continu6 hacia la escalera que había al otro extremo del salón, con la esperanza de pasar desapercibida.

El cochero ya había accedido al alojamiento y había descargado su baúl antes de que ella se bajara del carruaje. Probablemente en ese mismo momento estarían encendiendo un fuego en su habitación. Enseguida iba a estar entre sábanas limpias y mantas de lana acogedoras, e iba a poder disfrutar de un necesario sueño.

—¡Ahora, ahora, todos! Paremos un momentito esta alegre reunión para expresar nuestra gratitud al hombre que hizo que todo esto fuera posible. El hombre de la velada y uno de los mejores amigos que cualquiera querría tener. ¡Por Macrae! —Dijo el hombre farfullando las palabras con un acento escocés cerrado.

Todos gritaron en respuesta al brindis, excepto un hombre que soltó una sonora carcajada. Su sonido fue tan profundo que reverber6 en los huesos helados y los músculos

rígidos y tensos de Allegra, animándolos al instante. Aturdida por su reacción, alcanzó a ver por encima del hombro que un hombre corpulento se ponía de pie.

Cuando se fijó en que sus hombros eran increíblemente anchos, que su pelo enmarañado era de color rubio rojizo, y que su tupida barba era de un tono ligeramente más oscuro, se quedó sin aliento. El hombre, que supuso que sería un escocés de unos treinta años, iba sin abrigo y llevaba sencilla camisa de lino arremangada que dejaba ver sus musculosos antebrazos y sus grandes manos.

Soltó otra carcajada y los que estaban más cerca de él le dieron unos fuertes golpes en la espalda, aunque apenas pareció sentir sus palmadas, que fácilmente hubieran tumbado a un hombre más pequeño.

—Vamos, caballeros —dijo el gran escocés mientras levantaba una mano para calmar al grupo—. George está celebrando su compromiso con la bella señorita Winters. He pedido otra ronda de cervezas para animar la fiesta.

—No te olvides del whisky —gritó alguien del grupo.

El hombre pelirrojo le guiñó un ojo.

—Un escocés de verdad nunca olvida el whisky.

El comentario provocó más risas y algunos golpes en las mesas.

De pronto, Allegra se dio cuenta de que estaba mirando fijamente al hombre de complexión musculosa, ojos brillantes y sonrisa amplia. El hecho de que su cuerpo se viera afectado de una forma tan extraña por su potente voz le demostraba que estaba muy falta de sueño. Lo cierto es que un cuerpo humano no está hecho para vibrar en armonía con la risa de un hombre.

Estaba teniendo una actitud absurda, y a Allegra Smithson rara vez le ocurría algo así.

Tras recuperarse, cruzó el pasillo y subió corriendo las escaleras. Una buena noche de sueño le iba a permitir reponerse antes de llegar a la finca del conde de Darrow. El cochero le había asegurado que estarían en su destino al día siguiente por la tarde.

Pensar en ello le provocó un suspiro profundo. Después de todo lo que había sucedido el último año, estaba lista para que su vida fuera un poco más estable y tranquila... o al menos un poco menos complicada. Aunque no era del tipo de mujeres que evitaran los desafíos, incluso las personas más ambiciosas necesitaban un descanso de vez en cuando.

Su amiga más antigua y querida, Susanna, la actual condesa de Darrow, le había asegurado que si visitaba las Tierras Altas de Escocia iba a encontrar toda la tranquilidad que le hiciera falta.

Pero hasta el momento no había sido así. Como buena neoyorquina estaba acostumbrada a las tormentas de invierno, pero era una chica de ciudad y viajar por caminos rústicos con mal tiempo no era justamente su idea de estar tranquila.

Al menos su viaje estaba a punto de terminar. Solo le quedaba un día.

Los ojos de Allegra lucharon por mantener la concentración mientras el cansancio amenazaba con abrumarla. Entró a la habitación a trompicones y cerró la puerta. El fuego de la chimenea llenaba de calidez el modesto espacio, y la gran cama abierta con las sábanas preparadas para dormir era un lujo sencillo, pero acogedor, después de tantas horas sentada en un carruaje en movimiento.

Se quitó rápidamente la capa y se sentó al borde de la cama para desatarse las botas. Ansiosa por quitarse el rígido traje con el que viajaba, y ponerse algo más cómodo, llevó sus dedos helados a la larga hilera de botones que recorrían la parte delantera del vestido.

Miró a su alrededor en busca de su baúl, y vio que se encontraba en un rincón oscuro al

otro lado de la habitación. Si su criada personal no la hubiera abandonado en Edimburgo, una de las muchas pruebas que había tenido que superar en ese viaje, ya lo tendría todo preparado. Pero no tenía ni fuerzas, ni voluntad, para buscar un camisón entre la ropa que llevaba en el baúl, de manera que simplemente se desnudó hasta quedarse con la camisola, se quitó las horquillas del pelo y se metió en la cama con un suspiro.

Rápidamente se dio la vuelta, se cubrió con las gruesas mantas hasta la barbilla, se puso las manos por debajo de las mejillas y en cuestión de minutos se quedó profundamente dormida.

Capítulo dos

Un gruñido profundo sacó poco a poco a Allegra del agradable placer de dormir tranquilamente, y no es que estuviera soñando. Para comprender qué es lo que la había despertado, intentó darse la vuelta y ponerse boca arriba.

Pero no podía.

Algo, no, *alguien*, se lo impedía.

Un enorme miedo se apoderó de ella de golpe que la dejó completamente paralizada. Sin embargo, aunque casi había dejado de respirar, su ritmo cardíaco iba aumentando a gran velocidad.

A pesar de la tensión paralizante que se había apoderado de su cuerpo, su mente se puso alerta y reconoció que el ruido que la había despertado era el ronquido de un hombre, que en ese momento estaba acurrucado alrededor de su cuerpo con los muslos metidos íntimamente por detrás de los de ella. Su fuerte tórax se apretaba contra su espalda, y tenía una de sus grandes manos apoyaba de manera *muy* íntima sobre uno de sus pechos.

Para intentar huir, los músculos de Allegra se tensaron con una explosión de energía que rompió su momentánea inacción, pero no logró avanzar más que unos pocos centímetros y quedó detenida de inmediato. Incredula miró rápidamente por encima del hombro con los ojos abiertos como platos, y vio que casi toda su larga cabellera estaba atrapada debajo de los hombros increíblemente anchos del hombre dormido.

En el instante en el que se dio cuenta de su extraña situación y estaba a punto de ponerse gritar angustiada, se dio cuenta de que el hombre que había en su cama era el mismo escocés pelirrojo con voz profunda que le había provocado cosquillas en el vientre. El mismo al que había espiado en el salón de la posada la noche anterior.

A pesar de sus esfuerzos, el hombre continuaba roncando sin darse cuenta de nada. Probablemente seguiría durmiendo durante algún tiempo hasta recuperarse de los efectos de su juerga.

Seguramente, su estado de confusión y ebriedad fue lo que lo había llevado hasta su habitación.

Pero, aunque diera un grito fuerte para que alguien acudiera en su ayuda, el hecho de que la descubrieran con un hombre en la cama, sin importar cómo hubiera llegado hasta allí, podría dar lugar a un escándalo. Y eso era algo de lo que últimamente ya estaba muy cansada.

Iba a intentar escaparse sin despertarlo...

Se mordió un labio, agarró su cabellera con ambas manos y dio un fuerte tirón.

Pero no consiguió liberarla en absoluto.

Después de unos cuantos intentos más, mientras el gran escocés continuaba completamente ajeno a lo que estaba ocurriendo, la frustración de Allegra pudo más que ella y accidentalmente, o a propósito, golpeó con un codo las costillas del hombre para volver a intentar liberarse.

El hombre emitió un gruñido profundo y ronco, que se parecía más al de un oso que al de un ser humano, abrió los ojos y frunció el ceño.

De pronto, Allegra se encontró mirando fijamente los ojos más verdes que había visto nunca. Aunque estaban vidriosos por el sueño y toda la cerveza que el hombre había consumido la noche anterior, su mirada era intensa y verde, y no la podía comparar con nada que siquiera

hubiera imaginado.

Entonces sonrió. Sus sensuales labios masculinos se abrieron en medio de una desaliñada barba pelirroja, y sus blancos dientes resplandecieron.

—Buenos días -le dijo con un fuerte acento escocés.

El estimulante timbre de su voz, combinado con el hecho de que no parecía en absoluto sorprendido de descubrir su presencia al despertarse, animó a Allegra a volver a la acción. Empujó con ambas manos su hombro musculoso y le exigió:

—Salga de encima de mi pelo y váyase enseguida de la habitación.

El hombre parpadeó cuando escuchó lo que le decía. Incluso levantó la cabeza para mirar a su alrededor y volvió a apoyarla sobre la almohada. Se pasó una gran mano por la cara y la barba y murmuró:

—Esta habitación es la mía, muchacha.

—No. Es mía y quiero que se vaya. *Ahora mismo*. —Respondió Allegra recalcando la última palabra mientras con las dos manos daba otro tirón a su cabellera.

Desafortunadamente, mientras lo hacía, el hombre finalmente pareció darse cuenta de la situación, y gentilmente levantó su cuerpo, lo que la hizo rodar por el borde de la cama y aterrizar en el suelo con un resoplido un poco elegante

Allegra, furiosa por la intrusión del borracho y por la absoluta indignidad de su situación, se puso rápidamente de pie. Con las manos apoyadas en las caderas, observó al hombre que la miraba despatarrado desde la cama con una evidente falta de preocupación.

Y una escasez de ropa *muy notoria*.

El estómago de Allegra se apretó por la conmoción y su corazón dio un vuelco.

Toda esa desnudez masculina apenas estaba cubierta por una pequeña parte de la manta, que tan solo le tapaba una pierna y la ingle. Tenía la piel ligeramente pecosa, de la cabeza a los pies, y sus gruesos brazos y piernas estaban cubiertos por una fina capa de vello rojizo. Sin embargo, su amplio pecho y su duro abdomen, que parecían esculpidos, eran muy suaves, salvo una fina línea de vello que le bajaba desde el ombligo.

Había pasado la noche acurrucada contra el cuerpo de un hombre desnudo. Un cuerpo muy grande y musculoso.

Un calor que iba más allá de la vergüenza y la frustración se le estaba arremolinando en lo más profundo de su ser.

Volvió a mirarlo a la cara y se sintió aliviada al comprobar que no parecía haber notado sus miradas indiscretas.

—Evidentemente, esta habitación es mía —afirmó firme y seca—. Si no sale antes de que alguien lo descubra aquí, esto tendrá graves consecuencias.

—Ya te he escuchado. Puede que todavía esté un poco loco, pero oigo lo suficientemente bien —gruñó mientras balanceaba las piernas al borde de la cama para poder sentarse, y dejó caer la cabeza entre sus manos con un fuerte quejido.

Allegra se obligó a apartar la mirada de su impresionante cuerpo, y volvió la vista hacia la ventana. El gris claro del cielo nublado sugería que ya había amanecido.

—Vamos. Levántese —le instó, y se dio la vuelta con expresión de pánico—. Arriba. Arriba.

El hombre levantó la cabeza, le dirigió una extraña mirada y se dio cuenta de lo enfadada que estaba.

Al tomar conciencia de que ella estaba apenas un poco más vestida que él, su piel se encendió con un hormigueo. Su camisón no era tan fino como una camisola de verano, que

habría sido prácticamente transparente, pero no tenía mangas y apenas le llegaba hasta la mitad del muslo.

Cuando volvió a mirarla a los ojos, sintió algo que le provocó un delicioso estertor interior. Después, mientras se ponía de pie, le sonrió de una manera muy provocadora y divertida.

En cuanto se dio cuenta de que no iba a hacer nada para sujetar la manta que cubría su ingle, Allegra se dio la vuelta, pero no alcanzó a ser lo suficientemente rápida. La impresionante imagen de su gran cuerpo musculoso completamente desnudo probablemente le iba a quedar grabada indeleblemente en la mente.

—No me *puedo* creer que haya hecho eso —dijo sorprendida.

Su respuesta fue una risa gutural:

—Solo te doy lo que pides, muchacha —le respondió con su característico acento escocés.

Allegra respiró profundamente. La frustración que le provocaba su comportamiento irreverente aumentó tanto como por la incontrolable reacción de su cuerpo. Era evidente que no se estaba tomando la situación lo suficientemente en serio.

—Le exijo que se vista y que salga de la habitación —repitió en un intento desesperado por hacer que se diera prisa.

Como solo escuchó un leve sonido como respuesta, miró por encima del hombro y se quedó paralizada al descubrir que estaba de pie justo detrás de ella. Aunque ya se había puesto los pantalones, su torso permanecía desnudo. Ver tan cerca un tórax masculino tan ancho hizo que su cuerpo se tensara y que su corazón se pusiera a latir a toda velocidad.

Entonces, levantó la cara para mirarlo a los ojos y reconoció a regañadientes que sus rasgos eran atractivos, pero de una manera ruda, y que tenía un aire juvenil cuando le sonreía de esa manera. También vio un destello pícaro en sus ojos que hizo que se le volviera a entrecortar la respiración.

Pero cuando el hombre se inclinó hacia delante para coger algo, y su rostro quedó a la altura del de ella, su respiración se detuvo por completo.

Su mirada atrevida se posó un instante en sus labios, luego en sus pechos y rápidamente le guiñó un ojo.

—Voy a necesitar esto.

Cogió su camisa de la silla que estaba a su lado con una mano musculosa. Sin moverse del lugar, se la puso por la cabeza, exhibiendo un poderoso movimiento de los músculos de los brazos, el pecho y el abdomen. Esa demostración de fuerza masculina justo delante de ella hizo que su pulso se acelerara y que la sangre le corriera a gran velocidad, llenando cada rincón de su cuerpo de un deseo inesperado, aunque completamente indeseado.

Cuando el hombre tomó su abrigo, Allegra se dio cuenta de que perfectamente podría haber dado un paso atrás para darle más espacio. El descaro de su sonrisa le hizo ver que él también era consciente de ese hecho.

Pero ella normalmente no era tan atrevida... ni tan impulsiva. Ese hombre parecía saber sacar lo peor de ella.

—Me voy entonces. —La tranquila y ondulante cadencia de su voz le sugirió que no tenía ninguna prisa.

—Por fin.

—Aunque esta sea mi habitación —añadió.

Allegra apoyó las manos sobre su fuerte pecho y lo empujó hacia la puerta.

—Salga.

El hombre se rió entre dientes ante su intento de ejercer la fuerza física, pero afortunadamente, no se resistió.

Sin embargo, antes de que pudiera dar otro paso, Allegra se dio cuenta de su error y agarró su ancho brazo con ambas manos para impedir que saliera.

—No, no, no. Espere.

No podía irse por la puerta pues podría pasar cualquiera y verlo salir de su habitación.

El hombre la miró con un gesto de sorpresa alzando una ceja.

—¿Ahora no quieres que me vaya?

Allegra negó con la cabeza.

—Por supuesto que sí, pero no de esa manera.

Se dirigió rápidamente a la ventana, y se fijó en que daba a las caballerizas que había detrás de la posada. Era lo bastante temprano como para que no hubiera nadie por allí todavía y, para su gran alivio, había un seto mullido justo debajo de la ventana y mucha nieve por todas partes. Corrió el pestillo, abrió la ventana de golpe al aire frío de la mañana y miró hacia abajo con atención.

No era una distancia demasiado grande para un hombre alto y de complexión robusta.

—¿Esperas que salte por la maldita ventana? —Preguntó con su fuerte acento escocés.

Curiosamente, el hombre no parecía en lo más mínimo ofendido cuando se acercó a ella. De hecho, parecía muy divertido.

—No es demasiado alto —señaló ella—. Dudo que se vaya a hacer daño. Y lo más importante, nadie lo verá.

El hombre soltó un suspiro ronco mientras se inclinaba sobre el alféizar para ver la altura con sus propios ojos. Luego se volvió hacia ella con expresión dubitativa.

—Tienes suerte de que esta no sea la primera ventana desde la que he tenido que saltar.

Cualquier preocupación que pudiera haber tenido de que fuera a lastimarse fue eliminada por la sonrisa pícara que puso cuando se giró para sentarse en el alféizar apoyando la espalda contra el marco de la ventana.

—Supongo que muchas veces se despierta en la habitación de una extraña después de una noche de juerga —dijo Allegra de manera burlona.

—No, nunca. Por lo que he decidido pedirte un pequeño favor antes de lanzarme a mi destino.

El agradable tono de barítono de su voz, y la calidez de su mirada, hicieron que sus pies desnudos se curvaran.

Estaba haciendo un gran esfuerzo para superar la atracción que sentía por aquel hombre, por lo que cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Qué quiere entonces?

—Nada demasiado complicado —respondió él—. Solo te pido que me des un beso.

Capítulo tres

—¿Un beso? ¿Sigue borracho o está completamente loco? No voy a besarlo.

Su barba espesa no disimuló la sensual curva de su boca cuando se rió ladeando la cabeza y sus ojos brillaron desafiantes.

—Si quieres que salte por esta ventana tienes que besarme.

Allegra entrecerró los ojos y de pronto se preguntó por qué no se sentía más amenazada por ese hombre. Nunca había sido del tipo de mujer que se asusta fácilmente, pero considerando la envergadura del hombre tenía motivos para al menos tener cuidado con él.

Lo miró de arriba abajo, pensativa. La anchura de sus hombros era realmente imponente. Tenía las manos grandes y los dedos largos. Incluso sentado en el alféizar de la ventana, seguía siendo un par de pulgadas más alto aunque ella estaba de pie frente a él.

Había tenido muchas oportunidades de aprovechar su inesperada intimidad, tanto mientras dormían por la noche, como desde que se habían despertado. Pero, aparte de sus bromas desvergonzadas y su falta de prisa por salir de la habitación, no había hecho nada inapropiado ni preocupante.

Lo único que quería era un beso, y después se marcharía.

A sus casi veintisiete años, Allegra sabía lo que eran los besos de un hombre. Y, en realidad, era menos arriesgado aceptar sus condiciones que rechazarlas y tener que retrasar su partida.

Allegra, que nunca se pensaba demasiado sus decisiones, y prefería elegir entre las opciones que había y aceptar el resultado, asintió con firmeza.

—Muy bien. Un beso y se va.

El destello de sorpresa en la mirada del hombre casi la hizo detenerse, pero ya estaba dando un paso hacia adelante para situarse entre sus muslos abiertos, de manera que apoyó las manos en sus hombros y levantó la barbilla hasta que su boca tocó la de él.

Debería haber sido algo rápido.

Una breve presión de labios y listo.

Pero no había previsto el brutal sonido masculino que retumbó en su pecho al primer contacto de sus labios, ni la forma en que se le apretó el vientre. Tampoco había anticipado que la fuera a rodear la cintura con sus fuertes brazos para atraerla hacia él hasta que su cuerpo quedó completamente pegado a él.

Era tan agradable, duro, cálido y masculino, que se olvidó por completo del beso rápido. Su cuerpo se llenó de sensaciones intensas que le impedían tener ningún tipo de pensamiento racional.

Otro gruñido estruendoso y una embestida de su lengua en su boca la deshicieron por completo.

Simplemente, estaba derretida.

Sus brazos se deslizaron por su cuenta alrededor del cuello del hombre, y sus pechos se aplastaron contra su torso mientras se inclinaba hacia él. Además, en la unión de sus muslos sintió el bulto de una creciente erección.

Esta vez fue ella la que emitió un gemido profundo en medio del beso.

Nunca había imaginado que un beso pudiera ser tan abrumador, tan devorador. Su boca le exigía una total rendición a ese hombre que jugaba con su lengua con la suya, y tiraba de sus

labios suavemente con sus dientes soltando rugidos de satisfacción que surgían de lo más profundo de su pecho.

El fiero sonido hizo que sintiera un intenso calor en lo más profundo de su cuerpo.

Quería que volviera a hacer ese sonido. Lo anhelaba.

Llevó una mano a un lado de su rostro y deslizó las uñas por la suave textura de su barba. Después la bajó hasta apoyarla sobre su garganta, donde sintió el feroz ritmo de su pulso. Era tan fuerte. Tan masculino, intenso y grande. Podía dominarla con total facilidad, pero en sus brazos no se sentía en absoluto vulnerable. Se sentía extrañamente... querida.

Cuando el hombre bajó una de sus grandes manos para acariciarle el trasero, ella suspiró de satisfacción. Mientras tanto su lengua seguía enredándose deliciosa y vorazmente con la de ella, y le agarró la parte posterior de su muslo desnudo para levantarle una pierna hasta que su rodilla doblada descansó sobre la de él.

Tenía la impresión de que las palmas callosas de sus manos estaban muy calientes. Se preguntó lo que podría sentir si las deslizara sobre lugares más secretos.

Entonces, como si leyera su mente, el hombre deslizó la mano por la parte posterior de su muslo. Ella se tensó muerta de deseo y se quedó sin aliento. Un instante después, pasó la mano suavemente sobre su cálido y resbaladizo centro de placer. Allegra jadeó impulsada por la intensa sensación de deseo que recorrió su cuerpo. Por instinto, inclinó las caderas apretándose contra su mano.

Cuando el hombre apartó su boca de la de ella, un sonido entrecortado salió de su garganta y murmuró con voz grave:

—Santo cielo, mujer, me vas a quemar vivo. Estoy a punto de explotar simplemente con un beso.

Allegra abrió los ojos y se encontró con su mirada, que se había vuelto intensa y oscura por la pasión. La visión de un hombre tan fuerte, tan excitado y deseoso era casi devastadora.

—Si hubiera sabido que escondías tanto fuego, nunca te habría dejado salir de esa cama.

Sus palabras actuaron como un chorro de agua fría pues Allegra recordó de pronto lo que le podía pasar a una mujer si se dejaba llevar por sus deseos.

La lánguida curva de su columna se tensó y sus muslos se apretaron.

Los hermosos ojos verdes del hombre brillaron confundidos. Cuando ella apoyó las manos contra su duro pecho y dio un paso atrás, él aflojó un poco, pero no la soltó por completo, sino que colocó las suyas de manera posesiva sobre sus caderas.

—Tienes que irte —dijo ella agradecida de mantener el tono firme a pesar de que estaba temblando por dentro.

El hombre bajó la barbilla.

—No puedes besarme así y después hacer que salte por la ventana.

El matiz de arrogancia que percibió en su tono de voz la animó a empujar con más fuerza contra su pecho. Sin embargo, el hombre se movió menos que un muro de piedra.

—Puedo hacerlo perfectamente. Márchate.

Con un suspiro entrecortado, le dio un último apretón en las caderas haciendo que sus fuertes dedos quedaran marcados en su suave piel, y la liberó.

Allegra se apartó de él, pero antes de poder respirar hondo, el hombre le sonrió con mucha confianza y se le volvió a acelerar el pulso.

—No sé quién eres, pero te encontraré. E iré a buscarte para terminar lo que hemos comenzado aquí.

Una oleada de deseo la abrasó por dentro, pero negó con la cabeza.

—No volverás a verme nunca más.

—Cuéntate eso a ti misma, muchacha, pero ambos sabemos que no es cierto.

Volvió a sonreírle y después de una rápida y ardorosa mirada a su cuerpo, pasó las piernas por encima de la ventana y con un solo movimiento se impulsó hacia el exterior.

Enseguida Allegra dio un paso hacia adelante pero se detuvo.

Iba a caer bien. Esa altura no era nada para un hombre de su tamaño.

Pero aun así, contuvo la respiración hasta que oyó su voz de barítono cantando una melodía bastante obscena. Se apartó de la ventana con un resoplido de alivio, seguido de un suspiro más profundo que le ayudó a liberar la tensión que se había apoderado de su cuerpo.

Tenía que vestirse y continuar su viaje. No quería correr el riesgo de encontrarse otra vez con ese hombre. Y, desde luego, no quería pensar en lo que había estado a punto de suceder. O en lo que *había* sucedido.

Al mirar hacia el rincón de la habitación donde recordaba haber visto su baúl la noche anterior, se quedó paralizada y enseguida sintió una punzada de alarma.

¿Por qué su baúl parecía más estropeado de lo habitual? ¿Y era más grande que el día anterior?

Corrió a abrir la tapa, pero la cerró de golpe cuando vio que estaba lleno de ropa de hombre cuidadosamente doblada.

¡Oh Dios mío! El hombre tenía razón.

Era *su* habitación. Y era *ella* quien se *había equivocado*.

Enseguida se vistió a toda prisa con la ropa que había usado el día anterior con las mejillas ardiendo de vergüenza. Se acomodó el cabello y, después sujetarlo lo mejor que pudo, se asomó por la puerta y escudriñó el pasillo. Afortunadamente no había nadie. Cuando intentó recordar las instrucciones que le había dado su cochero la noche anterior, se dio cuenta de que, por culpa de su agotamiento, había entrado en la habitación de la izquierda en lugar de la de la derecha, como debía haber hecho.

Contuvo la respiración, cruzó rápidamente el pasillo y entró en su habitación, donde su baúl continuaba apoyado contra la pared, exactamente donde debía estar. Por primera vez desde que su criada la había abandonado en Edimburgo, se sintió agradecida de no tener una sirvienta personal. Nadie tendría por qué enterarse jamás de su humillante equivocación.

Bueno, nadie más, salvo el musculoso escocés. Y, como le aseguró antes de que saltara por la ventana, nunca más volvería a verlo.

Capítulo cuatro

El resto del viaje hasta la finca de los Darrow, situada en el condado de Ross, transcurrió sin incidentes. Allegra se mantuvo acurrucada en un rincón del carruaje debajo de una pesada manta de lana, hasta que doblaron la curva del camino por el que se accedía directamente a la mansión palaciega del siglo XVII.

Allegra entonces se inclinó hacia adelante para ver mejor por la ventana helada, y admiró la simetría y los elementos clásicos de la casa de su amiga. Aunque sabía que Darrow House se había construido sobre los restos de un antiguo castillo del siglo XII, la imagen que ofrecía era la de una elegante y formidable mansión aristocrática.

Allegra y Susanna habían asistido al mismo internado en Nueva York, y se habían hecho amigas desde el primer momento. Allegra, que era un año mayor, incluso de niña era bastante reservada y cínica, había acogido a su impetuosa e idealista amiga bajo su protección. Cuando el padre de Susanna heredó inesperadamente un título inglés de un primo lejano, hizo que su hija se trasladara al otro lado del Atlántico.

Y ahora Susanna llevaba casi dos años casada y viviendo en Escocia.

A pesar de los años transcurridos y de la distancia que las separaba, ambas conocían sus secretos más profundos y sus anhelos más ardorosos. Susanna llevaba casi un año rogando a Allegra que viniera a Escocia para quedarse un tiempo, y finalmente había decidido aceptar la oferta.

Iba a viajar al norte de Escocia en invierno.

Cuando la puerta del carruaje se abrió, y una ráfaga de viento de diciembre se arremolinó bajo sus faldas, Allegra se preguntó por qué demonios había accedido a hacer algo así.

Un majestuoso lacayo la ayudó a bajar del carruaje, pero igualmente tuvo que pisar el suelo helado y cubierto de nieve. Otro sirviente la esperaba en lo alto de una amplia escalera de piedra, manteniendo la puerta principal abierta contra el viento.

En cuanto cruzó el umbral de la antigua y grandiosa mansión, la puerta se cerró y se vio en un cálido vestíbulo de entrada mucho más pequeño y acogedor de lo que esperaba. Un mayordomo la ayudó a sacarse la capa y le dijo solemnemente, sin rastro de acento escocés:

—Lady Darrow bajará enseguida...

Sus palabras se desvanecieron cuando se oyeron unos pasos apresurados en lo alto de la escalera de caoba situada a la izquierda de la puerta principal. Con un pequeño resoplido, el mayordomo retrocedió hacia las sombras justo cuando Susanna bajó las corriendo escaleras con un grito de alegría.

—¡Allie! Estás aquí de verdad. —La joven condesa se acercó a Allegra y le dio abrazo rápido y exuberante. Luego se apartó con una amplia sonrisa que rápidamente se transformó en un ceño fruncido—. ¿Cómo puedes tener un aspecto tan sereno y encantador después de viajar durante tantos días? Te prometo que yo estaba hecha un desastre cuando llegué aquí por primera vez.

Susanna había cambiado muy poco durante los años en que habían estado separadas. Sus ojos color avellana estaban tan llenos de vida como siempre. Aunque llevaba su cabello rubio oscuro peinado de manera más elaborada que antes, y su elegante vestido era digno de la aristocracia británica, nada había hecho que perdiera el impetuoso optimismo que la había ayudado a superar muchos de los giros que había dado su vida.

Allegra le sonrió con complicidad y se inclinó hacia ella.

—Ese viaje era parte de tu luna de miel ¿Verdad? Imagino que no habrías podido descansar demasiado.

Susanna no se molestó en fingir que no entendía a qué se refería y le hizo un guiño travieso.

—Excelente punto. —Luego abrazó a Allegra rápidamente y la cogió del brazo para guiarla por el pasillo hasta una puerta frente a las escaleras que estaba abierta—. Dios mío, qué alegría volver a verte. Extrañaba tus irreverencias y esa sonrisa pícaro tuya.

—Sí, bueno, imagino que acabaré escandalizando a más de algún británico con mi estilo norteamericano tan atrevido.

—Si estuviéramos en Londres, sería otra historia —respondió Susanna con un leve deje de amargura mientras se sentaban una al lado de la otra en un sofá de felpa. Allegra era muy consciente de los desafíos sociales que su amiga había tenido que enfrentar en sus cuatro temporadas fallidas en Londres—. Pero aquí en el norte, la vida es mucho más relajada y libre.

—Bueno, obviamente esto te sienta bien —señaló Allegra—. Estás radiante de salud y felicidad.

La sonrisa de Susanna se tornó hermética y miró hacia su regazo.

—Estoy muy feliz y saludable, de verdad.

Allegra tuvo una repentina sospecha al tomar la mano de su amiga.

—Estás embarazada.

Susanna asintió.

—A finales de abril.

—Qué maravilloso —respondió Allegra con el corazón a punto de estallar—. Estoy muy contenta por ti.

—¡Oh, Dios mío! —Exclamó la condesa—. He estado tan emocionada con tu llegada que ni siquiera pensé que probablemente te gustaría que te llevaran a tu habitación. Debes estar desesperada por darte un baño y descansar un poco después de un viaje tan largo. No cenaremos hasta dentro de un par de horas, así que no hay prisa. Ahora que estás aquí, tenemos todo el tiempo del mundo para ponernos al día.

A Allegra no le hubiera importado seguir charlando un rato más, pero la idea de poder disfrutar de un largo baño le parecía maravillosa.

Cuando Susanna la llevó al ala de invitados, le explicó que había elegido su habitación por la increíble vista que tenía a las montañas Torridon que se alzaban en el horizonte.

—Es una vista increíblemente poderosa. Te encantará.

Susanna no exageraba. La vista era magnífica, al igual que la habitación, que estaba decorada con diversos tonos de verde pálido y gris oscuro muy relajantes. El espacio era lo suficientemente grande como para tener una enorme cama con dosel, así como una pequeña zona de estar, frente a una gran chimenea de piedra tallada con motivos florales.

Antes de dejar a Allegra con una joven criada que ya estaba desempacando sus cosas, Susanna dijo:

—Voy a darme un baño enseguida y después tomaremos té y sándwiches.

—¡Qué británico! —bromeó Allegra.

Susanna respondió arrugando la nariz.

—Lo sé. ¿Quién habría imaginado en nuestros días de escuela que acabaríamos pasando las vacaciones de Navidad juntas en las Tierras Altas de Escocia? —Pero en cuanto lo dijo, la expresión de la condesa se ensombreció al recordar lo que había hecho que Allegra tuviera que

viajar tan lejos de casa—. Oh, Allie, qué desatinada soy.

—No seas boba. No podría estar más contenta con mi vida actual. Por fin tengo el tipo de independencia que ansiaba en mi juventud. Me niego a que los remordimientos me hagan dar pasos atrás.

La condesa sonrió.

—Creo que te va a encantar estar aquí.

Allegra inspiró profundamente el aire invernal y, al exhalar, se formó una bocanada de vapor que se dispersó tan rápido como se formó. Después de una semana en las Tierras Altas, poco a poco se había ido acostumbrando al frío invernal del norte. Para sentirse cómoda durante sus excursiones al aire libre siempre se envolvía en su capa forrada de piel, se ponía guantes de lana y caminaba a un buen ritmo.

A pesar del poco tiempo que llevaba en Escocia, ya amaba su paisaje accidentado, la pureza de sus alturas y los restos dispersos de civilizaciones antiguas.

Había algo en los paisajes, sonidos y olores de las Tierras Altas que la revitalizaban como ningún otro lugar había hecho jamás. Cada vez que salía a explorar a pie la extensa finca de Darrow, experimentaba una sensación de inspiración y descubrimiento que se entremezclaba perfectamente con la extraña impresión de estar de vuelta en casa.

Hubiera deseado haber hecho ese viaje unos meses antes, incluso años.

Aparte de lo mucho que estaba comenzando a amar las Tierras Altas, también era maravilloso ver a su amiga tan bien establecida y siendo adorada por su marido.

Aunque el matrimonio entre el conde y la condesa de Darrow se había establecido como un acuerdo comercial más que como un noviazgo, estaba claro que el apuesto joven escocés de cabello oscuro amaba a su novia estadounidense, y ella a él.

Era alentador ver la felicidad que su amiga estaba viviendo, a pesar de las todas las dificultades a las que se había que enfrentar durante sus primeros años en Inglaterra. Aunque su propia vida había tomado un rumbo que no había previsto, Allegra se negaba a aceptar que sus propios sueños ya no fueran alcanzables. Simplemente tendría que darles forma a partir de nuevos elementos.

Como el día estaba más templado, Allegra decidió caminar un poco más de lo habitual y se encontró subiendo por un sendero que serpenteaba entre rocas escarpadas por la ladera de una montaña rocosa. El aire no era tan gélido como en los últimos días y, aunque el terreno seguía cubierto de zonas de hielo y nieve, el estrecho sendero que por el que avanzaba era bastante transitado y estaba despejado.

Cuando finalmente llegó a la cima, le dolían los pulmones por el esfuerzo de haber subido de manera lenta y constante, tenía las mejillas irritadas y los ojos llorosos por culpa el fuerte viento que azotaba su rostro, pero la vista la había dejado con la boca abierta y llena de vigor.

Ante ella se extendían colinas y valles que rodeaban un lago azul oscuro que no se había congelado por completo. Escondida en un bosque muy denso, no muy lejos de la orilla del lago, se alzaba lo que parecía ser la cabaña de un guardabosques, o algún tipo de pabellón de caza. Salía humo de la chimenea.

La escena era tan tranquila y encantadora que enseguida respiró profundamente para disipar sensación de melancolía que de golpe había sentido en el pecho.

Unas cuantas bocanadas del aire purificador de las Tierras Altas desaparecieron rápidamente la

tristeza a la que se negaba a dar cabida. Había perdido mucho por culpa de su *Gran Equivocación*, aunque finalmente la había traído hasta ese lugar asombroso. Eso le daba motivos para estar agradecida de la vida.

El sonido inesperado de alguien que se acercaba la devolvió a la realidad con un poco de fastidio. Ya no estaba sola en lo alto de una montaña vacía.

Al darse la vuelta, vio que un hombre corpulento ascendía a la cima por un camino opuesto al que había tomado ella. Vestía un grueso abrigo de lana marrón oscuro y apoyaba una gran mano en un bastón mientras que con la otra sostenía una piedra enorme. Aunque llevaba una bufanda de color azul y verde alrededor del cuello, iba sin sombrero y su cabello rubio rojizo estaba despeinado por el viento.

El corazón de Allegra se detuvo de golpe y enseguida se puso a latir a un ritmo frenético.

Cuando levantó la mirada y la vio mirándolo, sus familiares ojos verdes se iluminaron al reconocerla y una amplia sonrisa apareció tras una barba desaliñada.

—Hola, muchacha.

Su tono no mostraba sorpresa por encontrársela en ese lugar. De hecho, parecía bastante complacido.

Allegra ignoró la emoción que su ruda voz de barítono despertó en su interior y lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué demonios estás haciendo en las tierras del conde Darrow? —preguntó con dureza.

Aunque ella no lo creyera posible, la sonrisa del hombre se fue ensanchando aún más a medida que continuaba acercándose a ella.

—Estas son mis tierras —afirmó en un tono grave. Allegra casi resopló ante su descaro y tomó aire para refutar su afirmación, pero el hombre bajó la barbilla y levantó una ceja con expresión desafiante—. ¿De verdad quieres que se repita la historia?

Ella resistió impulso de rebatírselo.

—Es imposible que estas tierras sean tuyas. Acabo de venir desde la casa del conde y sé que su propiedad se extiende hasta una gran distancia.

—En todas las direcciones, menos en una. —El hombre inspiró profundamente y se giró para contemplar la vista que se extendía a sus pies. El aire fresco y el paisaje natural hacían juego con sus facciones duras y el verde intenso de sus ojos. Señaló con la cabeza el camino por el que ella había ascendido—. Si has subido por ese camino, has tenido que pasar entre un par de piedras verticales que forman una puerta que separa las tierras de Darrow —volvió su mirada sonriente hacia ella— de las mías.

Allegra recordaba vagamente haber pasado entre dos grandes piedras verticales.

Pero la última vez que había visto a ese hombre era a más de medio día de distancia.

—¿Me estás diciendo que vives por aquí cerca? —Preguntó.

El hombre hizo un gesto en dirección a la pequeña y acogedora cabaña que se encontraba en el bosque junto al lago.

A Allegra se le hizo un nudo en el estómago. Podía imaginarse fácilmente a ese hombre corpulento y tosco viviendo en esa antigua cabaña de piedra. Era muy probable que dijera la verdad, pero eso significaba que ya había invadido dos veces las propiedades de ese hombre.

Al parecer, él estaba pensando en algo similar.

—Parece que te sientes atraída por mí, muchacha —bromeó.

Una intensa ola de calor recorrió su cuerpo pues sus palabras le recordaron lo mucho que se había sentido atraída por él durante su último encuentro.

—O tengo muy mala suerte.

Su respuesta hizo que le soltara una risa entrecortada que la enardeció aún más.

—¿Entonces, estás visitando al conde y a su condesa?

Allegra asintió.

—Y ya es hora de que regrese.

—Te acompañaré.

—No es necesario.

—Será un placer —respondió él con otra amplia sonrisa—. Solo hasta las piedras verticales.

Allegra advirtió que la terquedad de su mirada era la misma de aquella mañana en la posada, cuando insistió en besarla antes de saltar por la ventana. Como sintió una enorme sensación de deseo al recordarlo, lo ocultó con una respuesta cortante.

—Está bien, entonces.

Sorprendentemente, al hombre no pareció extrañarle su comportamiento brusco.

Según su experiencia, la mayoría de los hombres preferían a las mujeres que se dejaban llevar por sus deseos y caprichos. Aunque Allegra no solía ser tan ruda como lo era con ese hombre, nunca había logrado desarrollar una naturaleza dócil.

El hombre le ofreció una sonrisa arrugando las comisuras de los ojos y le dijo:

—Espérame un momento para poner esta piedra en el túmulo y luego seguiremos el camino. —Se acercó a una pila de piedras que casi le llegaba a las rodillas, y con cuidado, casi con reverencia, colocó la piedra que llevaba y se quedó quieto un momento antes de volverse hacia ella—. Vale, muchacha, ya podemos seguir bajando.

Con un gesto le indicó que debía abrir camino.

Pero, antes de girar, Allegra no pudo evitar preguntarle:

—¿Cuál es el significado de las piedras?

El hombre volvió a mirar el montón de piedras.

—Un montículo puede servir como punto de referencia o como una especie de monumento conmemorativo.

A Allegra no le hizo falta preguntar qué propósito tenía ese en particular. El tono triste de su voz le había dado la respuesta.

Por alguna razón, el camino de bajada de la montaña parecía sorprendentemente más traicionero que el de subida. Más de una vez, en medio de un intenso viento, el paisaje parecía inclinarse y el suelo parecía alejarse de sus pies formando ángulos inquietantes. En cada ocasión, él estaba allí para sujetarla hasta que recuperara el equilibrio.

Y cada vez, Allegra tenía que apretar los dientes para disimular el intenso calor que recorría todo su cuerpo.

Que el simple roce de su mano en su brazo podía provocar una reacción como esa era bastante alarmante, aunque quizá no debería sorprenderla considerando que había estado medio desnuda y retorciéndose entre sus brazos hacía poco más de una semana.

Había intentado con todas sus fuerzas no pensar en ese beso, pues cada vez que lo hacía, su corazón se aceleraba y su estómago se retorció de vergüenza por la rapidez con la que había sucumbido a las pasiones que se habían despertado en ella. Tras el primer contacto de sus labios, había perdido todo el control. Se había saltado todas sus inhibiciones cuando la acarició con sus rudas manos y lo único que deseaba era que continuara.

Mientras avanzaban por el sendero, cada vez que le agarraba el codo o le rozaba el hombro, ella se daba cuenta de que el deseo desenfrenado que había sentido en la posada no

había sido una experiencia excepcional. Ese hombre la atraía de una manera como ningún otro hombre lo había hecho jamás.

Y mientras recordaba los detalles de aquella mañana, se dio cuenta de que no le haría falta mucho para volver a alcanzar ese estado.

No es que lo quisiera.

Ciertamente no era así.

Había llegado a Escocia con la intención de decidir los próximos pasos que tenía que dar. No podía aceptar en absoluto la idea de tener una aventura con un rudo escocés de las Tierras Altas.

Aunque parecía que el hombre estaba tallado en piedra, y sus besos sabían a luz del sol y a risa.

Capítulo cinco

Sus pasos se fueron haciendo más lentos hasta que se detuvieron junto a las piedras que señalaban el límite entre las dos propiedades. Allegra sintió una extraña sensación en el cuerpo cuando se volvió hacia el hombre que estaba a su lado. Viéndolo junto a la antigua roca gris y el accidentado paisaje de su alrededor, parecía tener un control total de la situación y, al mismo tiempo, estaba completamente cómodo consigo mismo, de una manera que ella no pudo más que admirar.

El hombre bajó la barbilla para buscar su mirada.

—Te podría acompañar el resto del camino —dijo de una manera brusca—, pero tengo la sensación de que preferirías continuar sola.

Algo se reaccionó en su interior ante su elección de palabras. No le gustaba especialmente estar sola, pero eso es lo que la vida exige a veces. Levantó la barbilla y le respondió:

—Estaré bien.

—No lo dudo, muchacha —dijo, y le sonrió de manera irónica—. Pero antes de que te vayas, me pregunto si reconocerías que has pensado alguna vez en nuestro beso.

Allegra deseó que sus mejillas ya estuvieran sonrojadas por el frío, y que no se fijara en que se había ruborizado.

—No fue tan memorable.

Su negación simplemente hizo que su acompañante se riera.

—Aunque no me tengas que hablar todavía de amor eterno, tampoco voy a tolerar que mientas, muchacha. —Allegra estaba a punto de refutar que sugiriera abiertamente que una declaración de amor pudiera ser una mentira, cuando el hombre le ofreció una gran sonrisa y agregó—: Dime la verdad, no quieres besarme ahora mismo.

Los ojos de Allegra se abrieron como platos.

—Es increíble tu arrogancia.

El hombre arqueó una ceja.

—¿Vas a decirme que no disfrutaste con mis besos? ¿Con mis manos acariciando tu piel desnuda? ¿Con mis dedos entre tus muslos?

—Basta. No digas nada más.

El estómago de Allegra se apretó violentamente. Su audacia no tenía límites.

—Ay, muchacha —la regañó con una sonrisa—. Lo que pasó entre nosotros no es nada de lo que avergonzarse.

Ella levantó la barbilla de golpe y le dirigió una mirada furiosa.

—No me avergüenzo de ello —dijo mientras él la volvía a mirar con las cejas arqueadas—. Simplemente no veo ninguna razón para analizar ese incidente con tanto detalle. Ocurrió, pero no debió haber sucedido. Fin de la historia.

—Corrijo —dijo él bruscamente—. Ocurrió. Felizmente sucedió y felizmente debería volver a suceder.

—No volverá a ocurrir —insistió Allegra moviendo enfáticamente la cabeza.

—Entonces, ¿te dio miedo? —preguntó él en voz baja.

Allegra frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando?

—Ese tipo de pasión no es común —respondió con la voz grave e íntima, como si estuvieran compartiendo un secreto—. Entiendo que te hayas asustado un poco.

—No me asusto tan fácilmente —respondió ella—. Te lo aseguro.

El hombre movió la boca hacia arriba, lo que atrajo su mirada y volvió a sentirse azorada.

—No te creo.

—Eso no significa que vaya a besarte otra vez.

—Si así lo dices.

Allegra no pudo reprimir su frustración.

—Eres muy irritante.

—Soy irresistible.

—Evidentemente no debería haberte vuelto a ver nunca más.

—El destino nos ha llevado de la mano, muchacha. —Se inclinó tanto hacia ella que alcanzó ver las tenues estriaciones doradas de sus ojos verdes—. Eso es algo que no se puede negar.

—Pues lo niego.

El hombre inclinó la cabeza hacia atrás y de su garganta surgió un sonido rudo y entrecortado. A ella le sonó increíblemente sensual e hizo que su cuerpo se tensara.

Entonces la miró fijamente con una mirada muy intensa.

—Eres una mujer muy testaruda.

Aunque su tono era de frustración, sus ojos brillaban alegres. Le llegaba su aroma a coníferas y a humo de chimenea que hacía que sintiera la extraña necesidad de abrazarlo y entregarse a él.

Pero era algo completamente impropio en ella, por lo que dio un paso atrás rápidamente. Pero, desafortunadamente, su talón dio con una placa de hielo y se resbaló hacia un lado. Intentó recuperar el equilibrio, pero las irregularidades del terreno se lo impidieron.

En un instante, el escocés la cogió en sus brazos y sus pechos y su vientre se apretaron contra su sólido torso. A pesar de las capas de lana, piel, algodón y todo lo que había entre ellos, juró que alcanzaba a percibir los fuertes latidos de su corazón contra su pecho.

O quizás era *su propio* corazón el que de pronto se había puesto a latir intensamente.

Definitivamente, apenas podía respirar y no podía dejar de mirar sus labios sonrientes. Y el vientre le hormigueaba tan intensamente que se sentía mareada.

—Como te dije, muchacha —murmuró él con voz ronca—, es el destino.

Allegra buscó una respuesta para rechazar su afirmación pero no podía desviar su atención de los contornos de su boca mientras recordaba cómo esos mismos labios la había besado vorazmente.

El hombre emitió otro sonido sin palabras. Pero este era más profundo... casi una exigencia primitiva.

Allegra no pudo hacer nada para negarse. Pasó una mano por su nuca y lo atrajo hacia ella hasta que su boca cubrió la suya.

Y rápidamente comenzaron a arder.

Al igual que en la posada, el beso hizo que se desatara entre ellos una pasión instantánea, audaz y llena de vida. Cuando, sus brazos la rodearon su aroma terroso la inundó, y sus labios firmes, decididos y sensuales, le hicieron perder la cordura.

Gimiendo de satisfacción, la apretó contra él alineando su cuerpo contra el suyo, y ella quedó apoyada en las puntas de sus pies. Su voz profunda la encendía de pasión.

¿De dónde procedía tanto deseo?

No comprendía sus reacciones tan intensas ante ese hombre, al que solo conocía como Macrae, pero lo que le resultaba aún más confuso era su total disposición a entregarse por completo a él. Una vez que estaba en sus brazos y la besaba ni siquiera intentaba resistirse o negarse a continuar con su juego.

Y él lo sabía.

Entonces tomó posesión de ella con una destreza basada en su gran confianza y su enorme pasión. Lentamente fue rozándole los labios con los suyos haciéndolos arder con una fricción aterciopelada. Cuando emitió un sonido con la garganta, ella supo al instante lo que deseaba y, sin dudar, se abrió para él. El hombre aprovechó para meter su lengua entre sus dientes y la deslizó eróticamente en su boca. Ella sintió que las piernas le cedían, y gracias a su fuerte abrazo consiguió mantenerse erguida.

Allegra, que tenía la sangre encendida y un delicioso hormigueo en su interior, se rindió a la abrumadora necesidad que sentía de conocerlo más, *de probarlo*.

Cuando se apartó del beso, inclinó la cabeza y apretó la boca contra su garganta. Sus labios encontraron entonces el cálido punto donde palpitaba su pulso, justo debajo de la línea de su mandíbula barbuda. Respirando pegada a él lo fue acariciando con la lengua.

El hombre emitió un sonido gutural muy masculino, mientras la abrazaba con tanta fuerza que casi la estaba dejando sin aliento.

A ella le hubiera encantado que llevaran menos ropa puesta. Hubiera dado cualquier cosa por volver a sentir sus manos rudas sobre su piel, por acariciar sus músculos y las duras ondulaciones de su abdomen, o por explorar con sus dedos su ancha espalda. Debía de haber expresado su frustración de alguna manera porque percibió que una pequeña risa vibraba en el pecho del hombre.

Entonces se quedó paralizada. ¿Qué estaba haciendo?

Claramente, estaba perdiendo la cabeza.

Era una especie de locura gloriosa, pero ¿con qué fin? Toda esa pasión desesperada y ese fuego temerario no podían llevarla a nada bueno. No era para ella.

—No, muchacha —susurró él bruscamente, haciendo que se le erizara la piel—. No te apartes todavía.

El estómago de Allegra tembló. A pesar del deseo que la consumía decidió bajar los brazos, que le estaban rodeando el cuello.

El gemido de consternación de Macrae casi la hizo cambiar de opinión, pero se obligó a soltarse, asegurándose de que sus botas no la desequilibraran esta vez.

La feroz mirada que le dirigió estaba cargada de promesas. En lugar de preocuparse por su repentina ferocidad, se veía obligada a ocultar las ganas que tenía de reírse. No podía temer nada malo de él pues sus ojos aún reflejaban mucha pasión y deseo, y sus labios estaban satisfechos y brillantes tras el beso.

—Solo permitiré que te resistas a lo que hay entre nosotros durante un tiempo —gruñó.

Allegra se sacudió la reacción visceral que tuvo su cuerpo por su tono de voz tan grave y lo miró a los ojos.

—¿Me lo vas a permitir? No te queda otra elección. Nunca repito mis errores.

Unas llamas doradas titilaron en sus ojos verdes.

—No fue una equivocación. Estamos predestinados el uno al otro.

Algo en su interior vibró ante la profunda seguridad que transmitían sus palabras. A pesar de la repentina debilidad que sentía en sus muslos, se obligó a expresarse con mucha severidad.

—No creo en el destino.

Macrae le sostuvo su mirada, como si buscara algo en ella.

Pero Allegra se encerró en sí misma, asegurándose de que no lo encontrara.

Después le hizo una pequeña reverencia con la cabeza.

—Te veré pronto, muchacha.

—Eso no va a suceder —respondió ella y vio cómo curvaba sus labios formando una sonrisa apenas perceptible que aun así hizo que le hormigueara todo el cuerpo.

Aunque no esperaba que fuera a ser tan difícil, se dio la vuelta y se alejó. No tuvo que mirar atrás para saber con una certeza profunda que la estaría observando hasta que se perdiera de su vista.

Capítulo seis

Baird Macrae se encontraba en la esquina del salón más elegante del conde y la condesa de Darrow. A su izquierda había un pedestal que sostenía un jarrón gigante de porcelana lleno de exuberantes flores de invernadero, y a su derecha estaba su amigo íntimo más antiguo.

—¿Qué te tiene tan nervioso esta noche, Macrae? —preguntó Darrow, y aunque su pronunciación revelaba su educación inglesa, intentaba que no se notara su característico acento—. Pareces impaciente. No es algo propio de ti.

Baird no quiso responder.

En la habitación se encontraban cerca de una docena de sus vecinos más cercanos. Todos habían sido invitados a Darrow House para celebrar una cena íntima, pero formal, por lo que todos estaban vestidos con sus mejores galas, incluido Baird. Prácticamente había crecido con la mayoría de los invitados, y a muchos los veía con frecuencia cuando no estaba fuera de casa, como había sucedido durante las últimas semanas.

Cualquier otra noche, habría estado de un lado a otro paseando por el salón, charlando con viejos amigos y enterándose de las últimas noticias sobre los bebés que acababan de nacer o las bodas que finalmente se habían concretado.

Peor esa noche no podía apartar su atención de la puerta durante más de unos minutos.

—¿Esperas a alguien? —Preguntó Darrow.

Baird miró de reojo a su amigo.

—Tal vez.

—Bueno, la única persona que aún no ha llegado es la amiga de Susanna, la señorita Smithson. Pero como no la conoces... —El conde entrecerró los ojos—. ¿Conoces a la señorita Smithson?

Baird hizo lo posible por evitar el impulso de mirar hacia la puerta una vez más.

—Solo de manera informal. Ayer mismo nos conocimos cerca del lago.

Darrow arqueó las cejas mientras esperaba que Baird le diera más detalles. Como no lo hizo, el conde comentó:

—Supongo que te causó una excelente impresión.

—Sí. Se podría decir que sí.

Afortunadamente, no tuvo que sufrir la curiosidad del conde durante mucho más tiempo, ya que el señor Grayson, un vecino del sur, se acercó para entablar una conversación con Darrow.

No pasó mucho tiempo hasta que finalmente la dama apareció. Y cuando lo hizo, tuvo que hacer un gran esfuerzo para no salir corriendo hacia ella. Solo la había visto vestida con su ropa interior más ligera, o con varias capas de abrigo. Pero el aspecto que tenía esa noche prácticamente lo dejó sin aliento.

Era tremendamente hermosa.

Llevaba un vestido azul intenso que cubría su cuerpo con varias capas de seda y satén, tenía el cabello casi negro peinado hacia arriba y unas joyas resplandecientes adornaban sus orejas y su esbelto cuello. Cuando entró en el salón, con su porte tan orgulloso y refinado, parecía una reina.

Baird, igual que aquella mañana en Inverness en la que se despertó con la imagen de una mujer guerrera, semivestida y con el pelo cayendo en ondas hasta sus caderas, que lo miraba

fijamente, y también el día anterior, cuando se encontró con ella esperándolo en la cima de la montaña, sintió que un golpe del destino le había dado de lleno.

Cerró los puños y ordenó a su corazón que latiera a un ritmo más razonable.

Nunca había creído en el amor a primera vista, pero fuera lo que fuese lo que esta mujer le inspiraba, era algo instantáneo e intenso. Y no parecía que fuera a disminuir.

Solo tuvo un momento para anhelar que lo mirara, pero enseguida ella volvió sus cálidos ojos marrones hacia él.

Habría apostado cualquier cosa a que no se esperaba que fuera a estar allí. Sin embargo, cuando lo vio junto al anfitrión, vestido con su mejor traje de noche, no mostró ni un atisbo de haberlo reconocido o de sorpresa. Aparte de una breve mirada, apenas se fijó en él.

Lady Darrow se acercó a su amiga y la abrazó. Después de intercambiar algunas palabras, comenzaron a recorrer la sala mientras la condesa la presentaba a los demás invitados.

Baird se sintió fascinado por su serenidad, tan distinta a lo que hubiera esperado de ella. Su feroz reina guerrera era una mujer serena, sofisticada y tenía el control absoluto mientras cautivaba a cada uno de sus vecinos. Uno por uno.

Era una mujer impresionante.

Pero no tan impresionante como cuando lo miró a los ojos cargados de deseo y frustración y le pidió que la besara. Sintió un inmenso placer al darse cuenta de que, entre todas esas personas elegantes que había en la reunión, solo él conocía ese lado de ella.

Cuando las damas se acercaron, Darrow dio un paso adelante para saludar a su esposa con un afectuoso beso en la sien y un suave apretón en la cintura.

La condesa se acercó a su marido y dirigió una sonrisa a Baird antes de volverse hacia su amiga.

—Y por último, él es el señor Baird Macrae, nuestro vecino del norte y el compañero de infancia más querido de Darrow. Señor Macrae, me gustaría presentarle a la señorita Allegra Smithson, mi querida amiga que ha venido a visitarme desde Estados Unidos.

Baird le sostuvo la mirada cuando se inclinó a estrecharle su mano enguantada.

—Señorita Smithson, es un placer conocerla.

Aunque la compostura de la señorita Smithson no flaqueó, Baird detectó una chispa de emoción en sus ojos color whisky que le indicó que no era completamente insensible a su presencia. Aunque eso le pareció bien, a pesar de estar lo suficientemente cerca como para oler su perfume de agua de rosas y sentir el calor de sus dedos apoyados sobre los suyos, le costó evitar atraerla hacia sus brazos y retomar la relación en el punto en el que la habían dejado en su último encuentro.

—Encantada, señor Macrae. —Su voz era fría y firme, sin revelar en absoluto el fuego y la pasión que él sabía que existían debajo de su refinado exterior.

—Es probable que veas mucho a Macrae mientras estés con nosotros, Allegra. Está restaurando la casa de su familia, y a menudo utiliza nuestra biblioteca para sus investigaciones.

—Los ojos de la condesa se iluminaron—. Allie, tal vez podrías...

La señorita Smithson sacudió la cabeza enérgicamente, deteniendo con eficacia lo que fuera que lady Darrow estuviera a punto de decir. La condesa frunció el ceño, pero siguió la indicación de su amiga.

Baird sintió una gran curiosidad cuando la señorita Smithson inclinó su cabeza oscura y curvó sus labios formando una pequeña sonrisa.

—Entonces, ¿se quedará en Darrow House, señor Macrae?

—Sí —respondió Baird con una sonrisa—. La próxima semana, más o menos.

—Estará en nuestra fiesta de Navidad, por supuesto —añadió la condesa.

—No me la perdería ni por nada del mundo.

—Excelente. Ah, casi lo olvido. —Lady Darrow se volvió hacia su marido—. El señor Fletcher quería hablar contigo sobre el plan para reparar la carretera del oeste.

—Pensaba que el problema se había resuelto.

La condesa se encogió de hombros.

—Aparentemente no.

—Si me disculpan, señorita Smithson, Macrae.

—Yo también tengo que dejaros —añadió la condesa—. Hay algo que debo comprobar antes de la cena.

—Por supuesto —dijo la señorita Smithson amablemente, aunque Baird notó que sus hombros se pusieron rígidos cuando vio que la otra pareja se alejaba.

Allegra esperó hasta que sus anfitriones ya no pudieran oírla antes de volverse hacia él.

—Podrías haberme dicho que ibas a venir esta noche —murmuró de manera dura.

Baird bajó la barbilla. No le resultó fácil contener la sonrisa que amenazaba con esbozar ante el matiz de indignación de su tono. Parece que no le gustaban las sorpresas.

—Te dije que volvería a verte pronto. ¿No me creíste?

Una especie de chispa brilló en sus ojos, pero rápidamente se apagó antes de que mirara por toda la habitación.

—La verdad es que no me esperaba encontrarte en el salón de los Darrow.

—No puede haber nada más sorprendente que habernos encontrado en la cima de una montaña... o que te despertaras en mi cama.

Ella le devolvió la mirada y le dijo:

—No deberías hablar con tanta libertad.

—¿Por qué no? Lo que hablamos es entre nosotros. A nadie le preocupa nuestra conversación.

Era cierto. Los otros invitados estaban demasiado ocupados charlando entre ellos tal como hacen los viejos conocidos. A nadie le importaba lo más mínimo la conversación que se estaba desarrollando en su rincón privado de la habitación.

Ella lo aceptó, pero inclinó levemente la cabeza.

—Tuviste muchas oportunidades ayer para aclararme tu relación con los Darrow, pero no lo hiciste. ¿Por qué?

—No pensé que tuviera nada que ver con lo que hay entre nosotros.

—No hay nada entre nosotros. —Pero Baird simplemente sonrió en respuesta a su negativa, y ella lo miró con los ojos entrecerrados—. Creo que disfrutas contrariándome.

—Eso podría ser cierto —dijo bajando la voz y se acercó un poco más a ella—. Encuentro un gran placer en despertar tu... naturaleza apasionada.

—No tengo una naturaleza apasionada.

—Conmigo sí —argumentó él suavemente.

Los ojos de ella se oscurecieron de una manera que hizo que Baird se pusiera tenso. ¿Estaba pensando en cómo se había derretido en sus brazos? ¿Cómo casi lo había dejado reducido a un muchacho tembloroso enfermo de pasión?

Por un momento, estuvo seguro de que eso era lo que ocurría.

Pero ella enseguida endureció su actitud, cambió completamente para alejar cualquier tipo de pasión y volvió a mirar hacia la habitación.

—Espero que no le hayas contado nada al conde de nuestros encuentros.

La tensión de su voz era preocupante, al igual que la de su mandíbula y la sombra que se veía en su mirada. Baird inclinó su cuerpo hacia ella haciendo un gesto instintivo de protección.

—Solo le mencioné el encuentro casual que tuvimos ayer. ¿Pensabas que podría contarle algo de los momentos íntimos que hemos tenido? —Los ojos de ella se entrecerraron, confirmando que lo había sospechado—. Vaya, muchacha —murmuró con voz ronca—. Nunca traicionaría tu honor de esa manera.

Sus ojos castaños se encontraron con los de él una vez más. Aunque había intentado ocultar su orgullo y su desconfianza, aún eran evidentes en su mirada.

—Hasta que te convenga contarle —aclaró ella con frialdad.

Lo dijo con la certeza de haberlo experimentado antes, y Baird sintió una enorme indignación. Alguien la había traicionado. La había deshonrado. ¿Un amante?

La idea le hizo cerrar los puños. Dio un paso hacia ella con la voz cargada de promesas.

—¿Quién se comportó así contigo? Dame su nombre y se arrepentirá de haber nacido.

Sus ojos lo buscaron durante un momento, profunda e intensamente, y enseguida sacudió sutilmente la cabeza.

—No vale la pena perder el tiempo con esa persona —susurró tan suavemente que Baird apenas la oyó.

—No lo dudo, pero lo haces.

Allegra levantó la barbilla y dijo:

—No necesito que nadie luche por mí.

Aunque su instinto le ordenaba proteger a la mujer tan orgullosa que tenía frente a él y castigar a cualquiera que se atreviera a hacerle daño, la fiereza de su mirada y la fuerza de sus palabras le confirmaron que lo que decía era cierto.

Baird asintió brevemente.

—Entonces te respaldaré para que luches por lo tuyo.

Algo profundo e intenso brilló en su mirada, que hizo que el estómago de Baird se apretara y sintiera un deseo casi abrumador de llevársela a algún lugar oscuro y tranquilo.

No estaba seguro de lo que ella le hubiera respondido, o si le habría dicho algo, porque el momento fue interrumpido bruscamente por el anuncio de la cena.

Las espesas pestañas de Allegra se abatieron sobre sus ojos.

Baird le ofreció el brazo para acompañarla y, tras vacilar un instante, ella posó la mano sobre su manga, y se unieron en silencio a los invitados que se dirigían al comedor.

Cuando Baird le sujetó la silla para que tomara asiento, rozó con los nudillos la parte posterior de su hombro. Ella suspiró al sentir el roce, pero se negó a mirar mientras él ocupaba su lugar en la mesa.

Pasó un tiempo antes de que se volviera hacia él. Y cuando lo hizo, Baird detectó una pregunta silenciosa en lo más profundo de su mirada. No sabía si estaba cuestionándolo a él, o era a sí misma.

Capítulo siete

Como le era imposible resistir la obsesión por buscarlo, decidió dejar de hacerlo.

Los caballeros acababan de volver a reunirse con las damas en el salón después de disfrutar de un vino de Oporto y de fumar tabaco después de cenar. Macrae estaba de pie entre dos caballeros mayores, y les estaba contando una historia que atraía su atención.

En verdad, no solo Allegra se fijaba en el musculoso escocés cuando su rostro se iluminaba con una sonrisa traviesa. Era del tipo de hombre que simplemente con un guiño de sus ojos y su sonrisa radiante podía atraer a multitud de admiradores. Por lo general, no le gustaba ese tipo de hombres que tenían tanta confianza en sí mismos y demasiada masculinidad. Si alguna vez una mujer se sintiera lo suficientemente libre como para mostrarse tan vivaz y abierta, seguro que se avergonzaría y recuperaría su sentido del decoro femenino.

Pero tenía que admitir que no le molestaba en absoluto que Macrae se riera a carcajadas emitiendo un sonido rotundo que afectaba directamente a sus nervios.

Más bien, todo lo contrario.

Cuando Allegra entró al salón y lo vio de pie al otro lado de la habitación, se había quedado completamente atónita. Y no solo porque no se esperaba que estuviera allí.

Ya había aceptado que su aspecto masculino, robusto y rudo, le resultaba extremadamente atractivo, pero no se hubiera imaginado que iba a poder ver a ese mismo hombre con un traje de noche negro, chaleco verde esmeralda oscuro y corbata blanca impoluta bajo una barba prolijamente recortada. Se veía guapo y elegante, y solo su cabello rubio rojizo conservaba el aspecto descuidado y alborotado de alguien amante del aire libre.

La había dejado sin aliento.

Cuando Susanna y ella se pasearon por el salón, Allegra ya había logrado controlar su caprichosa respuesta física, pero volvió a sucumbir a ella cuando se quedó a solas con Macrae y le sonrió. La manera tan íntima con que la miraba debía haber hecho que recelara de él; pero en cambio, le provocaba un intenso revoloteo en el vientre.

Como cuando se ofreció a vengarla...

Su corazón se había detenido por completo.

No vaciló ni un instante. No hubo necesidad de darle detalles. Sospechó que le habían hecho daño y se ofreció de inmediato a repararlo. Nadie nunca antes había hecho eso por ella.

Ni siquiera su padre.

Cuando se supo de su indiscreción, muchas personas a las que consideraba amigas desde hacía mucho tiempo murmuraron que siempre había sido demasiado atrevida, y que sus modales modernos y su naturaleza independiente finalmente habían provocado su caída.

Sin embargo, nadie pronunció ni una sola palabra condenatoria contra Lucas.

De hecho, ese canalla tramposo logró conseguir todo lo que pretendía.

Y en cambio a ella le robaron su futuro.

La ira le subió por el estómago y le enrojeció la piel. Cerró los dedos con fuerza contra las palmas de las manos, intentando luchar contra algo que había dicho y hecho hacía mucho tiempo. La presión que le provocaba tanta ira acumulada se apoderó de su pecho y le costaba respirar.

Necesitaba aire.

Murmuró una rápida excusa al pequeño grupo de mujeres con las que estaba sentada, se

puso de pie y salió muy tranquila del salón. Al otro lado del pasillo había una pequeña sala de estar iluminada por unas cuantas velas. Afortunadamente, estaba desocupada. Al llegar a las ventanas, soltó el pestillo y empujó la ventana para abrirla lo suficiente como para sentir una ráfaga de aire invernal en la cara.

Le daba rabia que todavía se enfadara tanto por aquello. Y que cuando recordaba cómo Lucas y su padre la miraron decepcionados, su padre de manera genuina, pero Lucas completamente falsa, como todo lo demás en él, se avivara con tanta facilidad la llama de la indignación y la desconfianza.

Su padre había creído a Lucas antes que a ella. ¿Por qué? ¿Porque era hombre?

O quizás, más exactamente, porque ella era una mujer y no podría lograr lo que pretendía. Su padre había desestimado lo que le había contado pensando que eran falsedades desesperadas de una mujer desechada.

Ridículo.

¡Desesperante!

Pero Lucas había representado muy bien su papel y su padre no había tenido suficiente confianza en ella.

No estaba segura de cuánto tiempo llevaba en el salón pequeño respirando el aire gélido de las Tierras Altas, disfrutando de la libertad y la pureza de la naturaleza. Después de un rato, su enfado ya había disminuido. Su respiración se normalizó y se sintió aliviada. Y sus pensamientos pasaron de los recuerdos del pasado reciente al futuro, y lo que significaba ahora para ella.

Había abandonado la ciudad de Nueva York con la intención de forjarse una vida propia, lejos de un padre que no creía en ella. Y aún tenía toda la intención de hacerlo... ¿en ese lugar?

En muy poco tiempo, había llegado a amar Escocia. Las montañas, los lagos y los valles incluso la habían inspirado a volver a dibujar. La idea de tener que marcharse después de las vacaciones de Navidad la llenaba de una silenciosa sensación de miedo y pérdida.

¿Pero iba a ser capaz de crearse un futuro de verdad en ese lugar?

—¿Estás bien, muchacha?

La voz de barítono de Baird, que llenó la habitación oscura, la sobresaltó y que sintió un calor intenso en su interior.

¿Cómo podía afectarla tan intensamente una sencilla pregunta apenas murmurada?

Allegra se giró y vio que Baird Macrae se acercaba a ella lentamente. Cuando llegó a su lado, apoyó el hombro contra el marco de la ventana y dejó que su antebrazo descansara sobre el alféizar. Cuando estiró los dedos casi le rozaban el brazo. Si se giraba, el dedo pulgar de Baird le tocaría la piel justo por encima del guante.

Pero no quiso hacerlo.

Quería hacerlo pero, inexplicablemente, no lo hizo.

En cambio observó de arriba a abajo su cuerpo musculoso y se dio cuenta de que su rotunda masculinidad no se veía afectada en absoluto por las elegantes líneas de su traje de noche. El calor que sentía cuando estaba cerca se expandió en su interior hasta convertirse en un auténtico fuego. Y cuando finalmente lo miró a los ojos se fijó que en sus verdes profundidades también había fuego.

La rabia que había sentido por la injusticia que había sufrido en el pasado le parecía insignificante cuando miraba a Macrae a los ojos. En cambio, al encontrarse juntos rodeados de oscuridad y silencio había revivido rápidamente el deseo a flor de piel que sentía por él.

Baird, como si sintiera lo mismo, emitió un gruñido grave desde lo más profundo de su pecho. No había sido muy ruidoso, pero su tono intenso y emotivo le llegó directo al corazón.

Entonces, Baird le acarició la mejilla con los nudillos. Su voz era como un susurro ronco.

—Te vas a resfriar si te quedas aquí.

—No tengo frío. Pero estoy empezando a pensar que eres *tú* el que se siente atraído por *mí*, y no al contrario. —Su voz sonó inesperadamente baja e íntima, prácticamente sensual.

Baird lentamente fue formando una sonrisa.

—Reconozco que me siento muy atraído por ti, Allegra Smithson. ¿Hasta cuándo piensas negar que es algo mutuo?

¿Iba a seguir negándolo? El impulso imperioso de estrecharse contra él cada vez que estaban cerca. El anhelo de ver su sonrisa y que sus labios la besaran. La necesidad casi física de sentir su mirada, su voz... y sus manos.

Pero su obligación en esos momentos era mirar hacia otro lado y decirle algo frío y firme para terminar con la conversación.

Pero sus ojos verdes la miraban demasiado intensamente. Sabría que estaría mintiendo. De manera que decidió ser honesta.

—No lo niego. —La mirada de Baird brilló triunfante—. Pero de esto no va a salir nada.

Baird inclinó la cabeza y se fijó en sus rasgos, deteniéndose brevemente en su boca antes de volver a mirarla a los ojos.

—Entiendo que es lo que piensas, pero tengo la intención de convencerte de lo contrario.

Aunque sus palabras le provocaron un hormigueo, Allegra arqueó una ceja.

—No soy una persona fácil de manipular.

Baird frunció el ceño, pero en enseguida se le escapó una sonrisa.

—Nada de manipulaciones, muchacha. Simplemente deseo mostrarte lo bien que podríamos estar juntos.

Sus palabras le hicieron recordar las maravillosas sensaciones que le provocaba su boca, su embriagador sabor, y la calidez y la fuerza de sus abrazos.

El tono de su voz se hizo aún más grave cuando inclinó la cabeza para acercarse a la de ella. Su sonido poderoso y decadente se arremolinó por el cuerpo de Allegra como si fuera una delicada nube de humo.

—Veo que estás pensando en ello. En cómo encajamos. En cómo nos movemos. En el fuego que arde entre nosotros.

Allegra no pudo evitar que se le escapara un profundo suspiro, como tampoco pudo impedir que su corazón se acelerara o que una intensa sensación de deseo se arremolinara en su interior.

Hacer el amor con ese hombre podría ser muy sensual, ardiente y perfecto en todos los sentidos.

Pero, ¿y después qué?

La duda y la sospecha disiparon parte de sus ardorosos pensamientos.

—He reconocido que me siento atraída por ti, y ahora lo intentas usar en mi contra.

—Nunca haría eso.

—¿Me estás diciendo que no estás intentando seducirme?

—Por supuesto que sí —dijo con un tono ardiente y decidido—. Pero no de esa manera.

Allegra no sintió necesidad de responderle. Su descarado reconocimiento era suficiente para demostrar que tenía razón.

Baird la miró fijamente y se quedaron en silencio. Su expresión era tensa. Su mirada, aguda y penetrante. Allegra prácticamente podía percibir que intentaba descubrir sus secretos y dejar al descubierto sus vulnerabilidades.

Después de un rato las arrugas de su frente se alisaron y bajó la cara.

—No confías en mí. Y tal vez no te he dado ninguna razón para hacerlo. —Sus ojos verdes brillaron muy decididos—. No volveré a tocarte como si fuera tu amante, ni tampoco te besaré, a menos que me lo pidas.

Ella entrecerró los ojos para evitar que pudiera ver la enorme decepción que le inspiraban sus palabras.

—Aunque confío en que voy a volverte a tener en mi cama, y cuanto antes mejor, mi objetivo final no es seducirte.

Allegra se tensó. ¿Acababa de reconocer que tenía algún motivo oculto? Aunque lo había sospechado desde el principio, que admitiera que su interés no era sincero le dolió más de lo que esperaba. Tuvo que hacer un esfuerzo para mantener el tono sereno y el orgullo intacto.

—Y entonces, ¿cuál es?

—Me voy a casar contigo, muchacha —declaró con la voz tan profunda y modulada que sonó como si fuera un juramento.

Ella se quedó sin aliento, y una sensación de hormigueo no del todo desagradable se arremolinó en su vientre.

—Estás loco —susurró, demasiado aturdida como para decir nada más.

La boca de Baird se curvó un poco y se encogió de hombros.

—Tal vez, pero en el momento en que me desperté y te vi mirándome con tus hermosos ojos supe que ibas a ser mía. Hay algo poderoso entre nosotros que no deberíamos ignorar ni desperdiciar.

Sus palabras hicieron que se pusiera rígida y se rebelara.

—Eso simplemente fue lujuria. No había nada especial.

—¿De verdad crees que eso es lo único que hay entre nosotros? —preguntó con atención—. Si es así, dímelo ahora y lo aceptaré.

Quería confirmarlo, convencerlo de que no había nada más que explorar, nada que reclamar. Convencerlo de que se tenía que alejar sin mirar atrás.

Pero no pudo.

La emoción que crecía en su pecho amenazaba con ahogarla, pero no se atrevía a decir nada que pudiera hacer que se diera por vencido.

—Entiendo que tienes motivos para ser una mujer recelosa. No será fácil ganarte, pero estoy a la altura de la tarea. No lo dudes —añadió Baird guiñándole un ojo.

Aunque en ese momento dudara mucho de sí misma, no dudaba de él en lo más mínimo.

Capítulo ocho

Macrae cumplió con su palabra.

Aunque se estaba alojado en Darrow House, pasaba gran parte del tiempo encerrado en la biblioteca. Allegra lo vio muy pocas veces los dos días siguientes: en el desayuno, cuando se cruzaban en el pasillo, y en la mesa durante la cena, pero nunca solos y ni durante mucho tiempo.

Aunque su comportamiento mutuo era completamente neutro en palabras y modales, subyacía algo muy intenso en cada interacción. Nunca intentó estar a solas con ella para poder intentarle dar una caricia, un beso o hacerle algún comentario seductor. Allegra podría haber sospechado que su atracción se había apagado si no hubiera sido por el ardiente deseo de poseerla que percibía en su mirada cuando nadie les prestaba atención.

Le había llevado años viviendo en la sociedad neoyorquina hasta convertirse en una mujer que no fuera presa fácil de los coqueteos ociosos o de los falsos halagos. Hacía mucho tiempo que se había convertido en una experta en desviar avances no deseados, y en frustrar a pretendientes demasiado entusiastas. Y al principio había habido muchos. Era posible que algunos caballeros hubieran sentido afecto sincero por ella, pero la fortuna que había heredado de su madre era un gran atractivo para una amplia variedad de personajes.

Una vez que quedó claro que no deseaba entrar al mercado matrimonial, finalmente fue disminuyendo el interés por ella. Y estaba infinitamente agradecida de que fuera así, ya que le había permitido centrarse en lo que era importante. Allegra desde muy joven había sabido lo que quería hacer con su vida, y convertirse en una esposa de la alta sociedad no era lo que buscaba.

La primera vez que visitó la oficina de su padre en la ciudad tenía unos cinco años. Y desde el principio se quedó completamente fascinada y le encantó todo lo relacionado con el trabajo que realizaba. Unos pocos años después se propuso luchar para convertirse en socia de la firma de arquitectura de su padre.

Cada vez que tenía una oportunidad, se escapaba a la sala de dibujo para estudiar los croquis y los planos. Se enamoró de las líneas rectas, los arcos y los ángulos. Admiraba las múltiples y variadas medidas, y se comprometió a memorizar cada una de las anotaciones y símbolos que, con el tiempo, se convertían en los asombrosos edificios que llenaban las calles de su ciudad en rápido crecimiento.

Cuando estudiaba, se concentraba intensamente en cualquier cosa que estuviera remotamente relacionada con las habilidades requeridas para la arquitectura. Y a medida que fue creciendo, fue pasando cada vez más tiempo en la oficina de su padre, hablando con sus empleados, pidiendo prestados sus libros y absorbiendo cada aspecto de ese mundo que había llegado a reverenciar.

Todo el mundo consideraba que su interés era algo divertido. Pero, a su padre, alternativamente, le había parecido que era molesto e irrelevante. Sin embargo, había decidido demostrarle su valía con un proyecto que le llevó casi tres años en terminar. Lo había mantenido en secreto, esperando el momento adecuado para presentárselo con la esperanza de convencerlo de que su interés por la arquitectura como carrera iba en serio.

Y entonces conoció a Lucas Miller.

Era un joven, apuesto y ambicioso que trabajaba como dibujante en la firma de su padre, que fue una de las pocas personas que era consciente de sus verdaderos intereses.

Allegra tenía veinticinco años cuando lo conoció, y hacía tiempo que no se dejaba

intimidar por cumplidos ni falsas promesas. Pero Lucas supo jugar bien sus cartas. Siempre le sonreía muy tímido y serio. Sus posiciones sociales no eran ni de lejos parecidas y, desde el principio, le dejó claro que sabía que ella estaba por encima de él. Pero cada vez que pasaba por la oficina de su padre, Lucas sabía cómo acercarse a ella, y hacía algo que nunca nadie había hecho: se tomaba en serio su pasión por la arquitectura. Con el tiempo, le fue explicando algunas de sus ideas, lo que la llevó a compartir con él varios de sus diseños.

Lucas había sido la primera y única persona que la había animado a que llevara su trabajo a su padre y que le exigiera un lugar junto a él.

Pero todavía no, decía.

Espera hasta que termine el proyecto que está haciendo. Ahora mismo, tu padre está concentrando toda su atención en él.

Sigue trabajando en tus diseños. Cuando llegue el momento no querrás presentarle nada que no sea excelente.

A lo largo de varios meses, lenta y pacientemente, Lucas se fue ganando la confianza de Allegra y consiguió que se sintiera segura con él. Y entonces llegó el día en que la besó.

Ella no se lo esperaba para nada. En un momento, estaban inclinados sobre unos planos y al siguiente, sus labios estaban sobre los de ella. Sus besos eran placenteros, con práctica y suaves. Sabía exactamente cuándo avanzar y cuándo retirarse. Sabía dónde poner las manos para hacerla desear más contacto. Y sabía exactamente cómo jugar con la necesidad de Allegra de tener el control.

Al mirar atrás, entendía claramente cómo la había manipulado para que creyera que todo era idea de ella. Se había pasado meses convenciéndola de que lo único que quería era apoyarla para que consiguiera alcanzar sus sueños, y animarla a que encauzara su pasión para conseguir llevar la vida que siempre había deseado.

Y la verdad era que... estaba en el punto justo como para vivir una aventura. Después de haber alejado a los hombres durante tantos años, finalmente había encontrado a alguien que aceptaba sus mayores ambiciones. Tenía sentido que quisiera compartir algo más de sí misma.

Ahora lo entendía perfectamente.

Debería haber escuchado a Lucas cuando insistía una y otra vez en que él no era digno de ella. Probablemente era la única verdad que le había dicho en su vida.

Su experiencia con Lucas le había demostrado que los hombres decían y hacían cualquier cosa para conseguir lo que deseaban, y que la mayor parte de las veces utilizaban a las mujeres como un medio para alcanzar un fin.

Sin embargo, lo que no lograba entender era qué intentaba conseguir Macrae con su salvaje declaración.

Era una tontería creer que realmente tenía la intención de casarse con ella. Era una idea ridícula.

De todos modos, pudiera ser que lo dijera para intentar llevársela a la cama. Le había mostrado valientemente y con mucha desvergüenza el deseo que sentía hacia ella en sus dos primeros encuentros. Y Macrae no parecía el tipo de hombre que simplemente se aleja de algo que le gusta cuando resulta un poco difícil de conseguir. Pero, a pesar de lo que le había dicho, posiblemente su gran motivación era seducirla.

Aún así, había prometido no tocarla ni besarla.

Parecía una forma extraña de llevar a cabo una seducción, pero comenzaba a preguntarse si en realidad no era una estrategia bastante ingeniosa.

Allegra había aprendido una dura lección con Lucas, pero a medida que pasaban los días,

se preguntaba más de una vez si sería tan malo tener una aventura con Macrae.

No necesitaba tocarla ni besarla para sentir una intensa atracción. Con una breve sonrisa desde el otro lado de la habitación la dejaba completamente derretida. Cuanto más mantenía las distancias, más intensamente lo deseaba, hasta el punto de que cuando estaba en su cama por las noches revivía cada detalle de sus sensuales abrazos, e imaginaba cómo continuaban...

Sin apenas intentarlo, el escocés la hacía sentir demasiado expuesta, demasiado vulnerable. Demasiado ansiosa. Pero si se dejaba llevar por el deseo y se lo llevaba a la cama, ¿qué ocurriría con ella una vez que todo terminara?

Esa era la gran pregunta a la que no podía encontrar respuesta.

Cuatro días después de que Macrae se instalara en Darrow House, Allegra regresaba a la mansión después de su paseo diario y acababa de entrar al jardín por la puerta trasera. Tenía las mejillas frías y los dedos de los pies casi entumecidos, pero se sentía vigorizada e inspirada por el paisaje montañoso del que literalmente se había enamorado. Tenía la intención de ir a su habitación a esbozar algunas ideas que había tenido durante el paseo.

Estaba casi a mitad de camino del sendero central del jardín cuando la puerta de la casa se abrió y salió Macrae.

En el instante en que sus miradas se cruzaron, ambos se detuvieron.

Era la primera vez que se encontraban sin que hubiera nadie alrededor. Después de una larga pausa, como si lo hubieran acordado de mutuo acuerdo, lentamente continuaron avanzando.

Allegra contuvo la respiración, aunque no podía entender por qué estaba tan emocionada en ese momento.

No era más que un hombre.

Un hombre cuyos ojos verdes brillaban cargados de sensualidad. Un hombre cuyos besos hacían que olvidara que existía el resto del mundo.

Un hombre que le dijo que estaban predestinados.

Cuando se acercaron bajo la nieve que caía suavemente, Allegra pensó que creía en él. Le palpitaba el corazón a toda velocidad, le hormigueaba la piel y se le había apretado el estómago.

Finalmente se encontraron junto a una rosalada aún sin rosas, pero la maraña de ramas llenas de espinas se veía austera y hermosa en la nieve.

Allegra curvó los dedos dentro de los guantes de lana al ver la sonrisa fácil de Macrae.

—Hola, muchacha.

El brillo de vida que se veía sus ojos y el timbre grave y profundo de su voz hicieron que se le apretara el pecho y que sintiera algo intenso entre los muslos.

En ese momento tuvo que reconocer que sus reacciones eran más fuertes que una simple atracción. Era un anhelo intrínseco, físico. Un reconocimiento profundo del alma. Una necesidad básica.

Y lo cierto es que eso la aterrorizaba.

—¿Disfrutando del tiempo agradable? —Preguntó después de que ella no le respondiera debido al repentino nudo en la garganta que se le había formado por la emoción.

—Hace un día muy bonito —logró responder.

—Sí.

Su voz se había vuelto aún más grave, y su tono era tan íntimo como el que usaba cuando gemía pegado a sus labios.

Centró su atención en su boca. Desde que había llegado a Darrow House llevaba la barba

muy bien recortada. Se imaginó esos suaves bigotes rozando su piel mientras la besada con sus labios firmes.

Baird bajó la barbilla con un sonido rudo mientras su mirada, intensa y concentrada, reclamaba la de ella. No dio un paso más hacia ella, pero Allegra sintió que alcanzaba a percibir su calor.

—¿Quieres que te bese, muchacha? Lo único que tienes que hacer es pedírmelo y te abrazaré ahora mismo.

Sus palabras la desconcertaron, la llenaron de deseo y comenzó a transpirar bajo sus capas de ropa de invierno.

—No. No puedes hacerlo. —Su respuesta sonó muy poco entusiasta.

—¿Has deseado estar conmigo estos últimos días? —Preguntó, haciendo que le temblaran los muslos—. Porque yo si he echado de menos estar contigo.

Un escalofrío que no tenía nada que ver con el viento invernal que soplaba en el jardín recorrió la piel de Allegra. No conseguía decirle nada para poder refutarlo.

Tenía razón. Ella deseaba con todas sus fuerzas estar con él, de la cabeza a los pies.

No estaba segura de qué fue lo que vio Baird en sus ojos que hizo que abriera los labios soltara una lenta exhalación con un sonido ronco. Entonces, con sus ojos verdes cargados de fuego, dio un paso hacia ella. Por un momento, su gran cuerpo le bloqueó por completo la vista de la casa y le proporcionó una protección contra el viento. Pero se obligó a mantener una expresión severa, intentando desesperadamente demostrar que no podía dejarse influir por su sensual voz o sus palabras persuasivas.

Si él llegaba a saber de lo tentada que estaba de entregarse a él, podría ser su perdición.

—Mi cama nunca se sintió tan fría ni tan vacía desde que empecé a imaginar cómo sería tenerte en ella. Mis manos tiemblan de deseo por acariciarte. Me muero por no poder sentir los latidos de tu corazón contra el mío.

Allegra respiraba con dificultad, estaba mareada y le temblaban las rodillas , pero se obligó a responderle:

—No me digas esas cosas.

—Es la verdad.

Allegra negó con la cabeza.

—¿Y qué viene después de que te haya calentado la cama?

La expresión de Baird se volvió ferozmente seria.

—Ya sabes lo que quiero, muchacha.

—Claro. Quieres casarte conmigo —dijo ella con una risita.

Hubo una pausa mientras Baird la miraba a los ojos como si buscara un secreto perdido. Luego algo indescifrable pasó por su mirada y suspiró.

—Entiendo que no puedas creerme todavía. Pero prométeme, muchacha, que cuando lo hagas —su voz se convirtió en un murmullo—, vendrás a verme de inmediato.

Allegra intentaba controlar su respiración mientras buscaba una respuesta. Pero entonces Baird dio un paso atrás y le hizo una pequeña reverencia.

—Que tengas un hermoso día, señorita Smithson.

Después pasó con cuidado junto a ella para no tocarla, o siquiera rozarla, y continuó por el camino.

Capítulo nueve

Macrae no asistió a la cena de esa noche.

Allegra se sintió profundamente disgustada. Cuando notó casualmente su ausencia, Susanna le explicó que la investigación que estaba llevando a cabo en la biblioteca de Darrow había llegado a un punto muerto, por lo que debía regresar a su cabaña para buscar algunos materiales que, con suerte, le podrían ser útiles.

Allegra sintió curiosidad a pesar de sí misma.

—Tengo entendido que está trabajando en una restauración.

—Sí —respondió lord Darrow con un tono solemne—. Hace varios años un trágico incendio destruyó la mayor parte de la mansión ancestral de los Macrae.

A Allegra se le encogió el estómago cuando percibió que la voz del conde temblaba, y recordó el monumento de piedra que dominaba el lago.

—¿Se perdieron vidas? —Preguntó con dulzura.

El conde asintió, y Susanna puso una mano sobre el antebrazo de su marido, y le respondió:

—Baird perdió a su hermana menor en el incendio. Aileen, que tenía tan solo diecisiete años. Al parecer, la valiente muchacha había regresado a la casa para salvar a su querido perro y se intoxicó con el humo.

—Oh, no —dijo Allegra suspirando con la garganta apretada.

—Los padres de Baird se mudaron a una casa de campo en la costa —continuó el conde—. Se negaron a regresar al lugar donde habían perdido a su hija. Su madre falleció poco después, algunos dicen que debido a su enorme dolor, y su padre murió un par de años después. Baird se encontraba en Edimburgo cuando ocurrió la tragedia, y sospecho que se siente culpable de no haber estado en casa para salvar a su hermana. No regresó a la mansión durante mucho tiempo, y recién hace un par de años comenzó a considerar la posibilidad de reconstruirla.

A Allegra le dolía el corazón.

—Debió de haber sido muy difícil.

—La finca tiene siglos de antigüedad. Es una de las propiedades más antiguas de la zona, y es testigo de varias épocas de la historia. Por eso Baird no quiere que la historia y las tradiciones de un montón generaciones terminen en esta.

Debía de ser una tarea tremendamente sobrecogedora y emotiva.

—¿Está intentando reconstruir una réplica de lo que había antes? —Preguntó.

Darrow asintió.

—Sí, pero el desafío radica en el hecho de que la mansión se había construido por partes a lo largo de varias generaciones. Los planos originales de cada proyecto que ampliaba la estructura original se destruyeron en el incendio. Afortunadamente, en nuestras bibliotecas hay copias de algunos de los planos, y varias descripciones de la propiedad de Macrae. Sin embargo, todavía faltan varias partes, aunque está haciendo todo lo posible por recrearlas de memoria.

—¿Lo está haciendo todo él solo?

—Contrató a un arquitecto en Edimburgo para que llevara a cabo gran parte del trabajo inicial, pero el solo pudo llegar hasta cierto punto con lo que tenía a su disposición. Aún queda mucho por hacer.

—Allie —el tono de voz de Susanna ya le decía a Allegra lo que su amiga iba a decir—.

Tal vez podrías ayudarlo tú.

A Allegra se le revolvió el estómago.

—Dudo que el señor Macrae necesite que lo ayude cuando ya tiene contratado a un profesional.

Susanna la miró enfadada.

—Que no tengas un puesto en una firma de arquitectos de Nueva York no significa que no tengas un gran talento y muchas capacidades. Toda tu vida has estudiado arquitectura—. Se volvió hacia su esposo—. Es increíble. Deberías ver sus proyectos.

Lamentablemente, eso no iba a ser posible. Todos sus trabajos habían quedado guardados en el portafolios de Lucas cuando se los llevó a su padre reclamándolos como propios.

Desde entonces solo había dibujado un puñado de bocetos.

La mirada de Susanna se suavizó al percibir la tensión de Allegra.

—Bueno, piénsalo. Este proyecto es muy importante para Macrae, y estoy segura de que apreciaría la opinión de otro experto.

Allegra estaba agradecida de que su amiga pareciera contenta con dejar el asunto así. Pero ella, por desgracia, no podía dejarlo pasar tan fácilmente.

Esa noche, mientras estaba en la cama con los ojos cerrados a la fuerza para intentar dormirse, no podía apartar de su mente visiones de torretas, murallas y puertas levadizas. Se preguntaba qué materiales se estaban utilizando en la reconstrucción, y le preocuparon las partes faltantes que Darrow había mencionado.

Quería ver los planos históricos.

Y necesitaba echar un vistazo a los nuevos planos del edificio.

Miró el reloj y vio que ya eran más de las dos de la madrugada. La biblioteca donde Macrae se encerraba casi todos los días seguramente estaría vacía a esa hora. De modo que decidió acercarse sigilosamente para echar un vistazo rápido.

Se levantó de la cama, se puso una bata gruesa para protegerse del frío invernal del castillo y se calzó un par de pantuflas.

Cuando entró la biblioteca, que estaba casi a oscuras, toda la mansión estaba en silencio. A la izquierda había una chimenea con un sofá largo por delante. El fuego de la chimenea se había ido apagando hasta convertirse en un tenue resplandor crepitante. Un escritorio de gran tamaño presidía el otro extremo de la estrecha habitación, y Allegra alcanzó a distinguir algunos planos, documentos y bocetos que se extendían bajo la luz de una única lámpara.

Mientras cruzaba la habitación la invadió una expectación y una emoción que no había sentido desde hacía mucho tiempo. Estaba casi al lado del escritorio cuando un sonido vagamente familiar, sospechosamente parecido a un ronquido, la hizo detenerse.

Miró rápidamente por encima del hombro y vio que Baird Macrae estaba profundamente dormido tumbado en el sofá. Pero era un hombre demasiado grande como para estar cómodo en ese estrecho sofá. Había dejado a un lado su abrigo y chaleco. No se había sacado las botas, y tenía un pie colgando apoyado sobre el reposabrazos, mientras que el otro estaba plantado en el suelo, probablemente para evitar que su enorme cuerpo cayera rodando.

Sin ser consciente de lo que hacía, Allegra se acercó sigilosamente al cuerpo dormido del escocés.

Su cabello parecía más oscuro a la luz del fuego. Se le revolvió el estómago cuando vio sus mechones de color rojizo cayendo descuidadamente sobre su frente, así como sus labios un poco separados, que se parecían suaves y muy sensuales gracias a la relajación del sueño.

Si Baird hubiera abierto los ojos en ese momento, ¿le sonreiría como lo había hecho

aquella mañana en la posada? ¿Sus ojos verdes se oscurecerían de deseo? ¿La atraería hacia él, y tiraría de ella hasta que quedara tendida sobre él?

¡Allegra!

Sacudió la cabeza, se giró y miró hacia el escritorio.

Debería marcharse. Por más curiosidad que sintiera, no le valdría la pena si la pillaban merodeando cubierta con una bata en mitad de la noche. Si Macrae se despertaba y la encontraba allí, ¿qué excusa tendría para explicar su presencia en ese lugar?

Pero cuando su atención quedó nuevamente atrapada en los planos y sintió el cosquilleo de estar descubriendo algo, se dio cuenta de que no podía irse sin al menos echar una mirada a los planos.

Una rápida inspección era lo único que le hacía falta para responder a las preguntas que la mantenían despierta. Después se volvería corriendo a su habitación. Y si no decía nada, Macrae nunca sabría que había estado allí.

Había varios planos de gran tamaño esparcidos sobre el escritorio. Allegra tomó nota de los elementos de la estructura original que todavía se mantenían en pie, y siguió las líneas de la renovación prevista con un ligero movimiento con la punta del dedo. Algunas secciones no eran más que un boceto preliminar, y carecían de la mano meticulosa de un arquitecto experto. ¿Eran los intentos de Macrae de completar las partes que faltaban?

No pasó mucho tiempo hasta que se dio cuenta de que en otros tiempos había sido un edificio sólido e imponente, probablemente en principio había sido una fortaleza, que más adelante fue transformada con complementos y enfoques estilísticos diversos, en la medida en que los residentes de cada época intentaban incorporar la estética de moda de su tiempo.

La gran mansión habría sido un testigo vivo de la historia de los antepasados de Macrae a lo largo de cientos de años.

Allegra sintió una fuerte presión en el pecho al entender lo que significaba la pérdida de toda una historia y un gran legado familiar. Era noble intentar reconstruir la gran casa tal como había sido, pero también podría provocar un sentimiento de pérdida, no habría pasado el suficiente tiempo como para que las piedras y las vigas tuvieran la edad suficiente como para haber absorbido los susurros y las risas de tantas generaciones de su familia que habían vivido allí.

Sin embargo, podría levantarse una mansión muy sólida que estuviera preparada para acoger a las siguientes generaciones.

Mientras hojeaba la pila de planos adicionales y recorría los distintos niveles y alas del edificio reestructurado, iba tomando nota de los elementos que faltaban. No eran muchos, y la mayoría se encontraban en algunas de las áreas más antiguas de la casa, así como en algunas de las zonas de transición entre las estructuras existentes y las ampliaciones posteriores.

Entendía el desafío que suponía que se hubieran perdido esos detalles, pero un arquitecto inteligente debía de ser capaz de conectarlo todo armoniosamente.

Allegra movió a un lado el último plano y se encontró con algo diferente escondido debajo de los dibujos profesionales.

Era una pila de borradores. Todos se centraban en el mismo tema. Cada nuevo dibujo alteraba algún aspecto del anterior. Era una estructura pequeña, claramente separada de la casa principal. La media docena de dibujos mostraban columnas y arcos romanos, amplias escaleras palaciegas, un balcón que rodeaba un segundo nivel y un techo abovedado con una pequeña torre que se elevaba en lo alto. Los detalles eran esencialmente los mismos en todos los dibujos, aunque estaban siempre dispuestos de maneras diferentes.

Allegra entendía las dificultades que había tenido el diseñador para lograr que todo fluyera correctamente, y que no terminara luciendo exagerado y estridente.

Mientras volvía a pasar las páginas, ordenando de un lado a otro los diversos intentos de lograr que esos elementos fantásticos y románticos funcionaran juntos en lugar de chocar entre sí, algo que no había sentido en mucho tiempo fluyó como una especie hormigueo por todo su cuerpo.

Baird mantuvo los párpados entornados para poder observarla.

Se sentía un poco culpable por espiar lo que estaba haciendo, pero no demasiado. Si ella hubiera sabido que estaba despierto, se habría marchado antes de poder encontrar las palabras que la convencieran para que se quedara.

Observó cómo examinaba atentamente los planos a los que había dedicado los dos últimos años de su vida. Se sintió fascinado por la forma en que su mirada recorría atentamente los planos, y cómo ocasionalmente sus dedos trazaban las líneas que había dibujado el arquitecto. Sintió algo en el estómago cuando vio su frente arrugada por la concentración. Era una mujer que en sus expresiones rara vez revelaba sus pensamientos o emociones, a menos que fueran de frustración, pero en esos largos momentos en que estudiaba los croquis, podía percibir fácilmente la curiosidad, la preocupación y la reverencia que sentía.

Baird se tensó cuando empezó a revisar sus propios dibujos para el monumento que quería construir para Aileen. Al principio, Allegra frunció aún más el ceño, pero a medida que repasaba sus intentos fallidos, algo diferente encendió los rasgos de su cara.

Inspiración.

Dudaba de que siquiera fuera consciente de lo que estaba haciendo cuando se sentó en la silla y tomó un lápiz y una hoja de papel nueva. Su mano se movió elegantemente sobre la superficie en blanco mientras su mirada seguía pasando de los planos a los dibujos, y viceversa, antes de regresar a su propio diseño.

Baird pensó que sería un hombre muy feliz si el resto de su vida pudiera verla en ese estado de creación artística.

Cuando terminó algunas anotaciones finales, vio cómo inclinaba la cabeza y observaba el dibujo con ojo crítico. El brillo resplandeciente de la inspiración desapareció de sus ojos, y fue reemplazado por un destello de descontento. Dejó el lápiz a un lado y extendió la mano sobre el boceto de una manera que dejó a Baird sin aliento.

Iba a destruirlo.

Por suerte, su jadeo involuntario la dejó congelada en el sitio. Era evidente que había olvidado que él estaba allí, y que se acababa de acordar de ello. Se levantó en silencio con la mirada fija en la puerta, pero su mano permaneció sobre el dibujo, lista para arrugarlo y convertirlo en una bola de papel.

Baird resopló fuerte y se llevó una mano a la cabeza, todavía fingiendo estar dormido.

La mujer pasó volando junto a él, y dejó tras ella un atisbo de su aroma.

Y su boceto.

En cuanto la puerta de la biblioteca se cerró, Baird se puso de pie y cruzó la habitación hasta el escritorio. Unas líneas elegantes marcaban el papel color crema con trazos seguros. La creación resultante lo sorprendió y tuvo que tomar aire de nuevo. Sintió como si en su cuerpo entrara una rayo luz del sol filtrándose a través de densas nubes grises.

Su idea era expresar un gran cariño entremezclado con tristeza. Y de pérdida con

esperanza.

¿Cómo podía saber exactamente lo que él había estado intentando hacer en vano durante tantos meses? De algún modo, había entendido perfectamente la idea que tenía en su cabeza y la había hecho realidad. Era perfecta.

Capítulo diez

Allegra estaba a punto de entrar en su dormitorio cuando escuchó que alguien se acercaba rápidamente por detrás. Descubrió muy sorprendida que era Baird Macrae. Sus pasos decididos y su mirada intensa, evidente incluso en el pasillo oscuro, hicieron que se diera la vuelta y se apoyara contra la pared en señal de defensa.

Cuando llegó junto a ella estaba sin aliento.

Y entonces vio el dibujo, el suyo, sujetado con toda delicadeza por sus dedos fuertes.

Apenas tuvo tiempo de levantar la barbilla en señal de desafío cuando Baird se detuvo frente a ella. Sin preámbulos, levantó el dibujo y dijo con voz ronca:

—Tú dibujaste esto.

No era una pregunta

Allegra se tensó.

—¿Estabas despierto?

Ignorando por completo su pregunta, dio un paso más hacia ella.

—¿Por qué lo dibujaste?

—¿Crees que tengo que darte explicaciones después de *haberme espiado*?

Su voz sonaba incrédula y tensa. Se había sentido obligada a dibujar el diseño que se había instalado en su mente, pero sin la intención de que nadie lo viera.

Baird parpadeó y luego inclinó la cabeza.

—Fue más como si hubiera estado observando qué es lo querías espiar en mi escritorio.

—No estaba espiando.

Baird suavizó sus rasgos y le ofreció una de sus sonrisas habituales.

—Oh, sí, es normal que una mujer entre sigilosamente en una habitación cerrada y se ponga a estudiar unos documentos que no tienen nada que ver con ella.

Allegra entrecerró los ojos, pero se mordió la lengua.

Luego Baird soltó una leve sonrisa y se pasó una mano por el pelo alborotado.

—No me molesta que hayas decidido revisar por tu cuenta mis planos. Me alegro, de verdad, considerando que eso fue lo que te motivó a hacerlo. —Volvió a levantar el dibujo y su voz se convirtió en un susurro casi reverente—. Es perfecto.

A Allegra se le cortó la respiración y una sensación de calidez se expandió en su interior.

Su agradecimiento parecía increíblemente personal y sospechaba que sabía por qué.

Sus diversos bocetos claramente eran un intento de incorporar algunos aspectos muy específicos, como si quisieran honrar algo... o alguien. Sus dibujos sugerían la necesidad de una estructura que pudiera estar abierta al paisaje de las Tierras Altas, pero protegida de las frecuentes lluvias y lloviznas. Necesitaba espacios para sentarse a leer tranquilamente, o para la contemplación o realizar reuniones sociales. Esencialmente, era como una sala de estar íntima al aire libre que mezclaba de manera equilibrada la arquitectura clásica con detalles extravagantes y elementos modernos.

—Es como si la conocieras —añadió Baird bruscamente muy emocionado—. ¿Cómo has podido verlo todo con tanta claridad? He estado intentándolo... durante meses...

Allegra, sintiendo lo importante que era para él, inclinó la cabeza hacia atrás y lo miró a los ojos.

—Todo estaba ahí, en tus bocetos. Simplemente lo junté todo.

Baird sacudió lentamente la cabeza y luego se detuvo. Durante un largo momento la estuvo mirando intensamente a los ojos, y ella podía sentir todo lo que estaba sucediendo dentro de él. Dudas. Esperanza. Confusión. Necesidad.

Allegra estuvo a punto de abrazarlo en ese pasillo oscuro, a apenas cinco pasos de la puerta de su dormitorio. La urgencia que sintió de rodear con sus brazos su cuerpo fuerte y grande para ofrecerle consuelo y apoyo fue más intensa que nunca.

Pero se contuvo. Lo justo.

—Quiero llevarte a que veas algo —le declaró bruscamente—. Mañana.

—¿Adónde?

—A mi casa. Pero no a la cabaña que viste junto al lago. A mi verdadero hogar. Me gustaría que lo vieras.

La suave súplica que se percibía en su voz le provocó un vuelco en el estómago y en su corazón.

¿Cómo podía decirle que no?

El camino que iba a la casa ancestral de los Macrae serpenteaba entre afloramientos rocosos y arroyos de corriente rápida llenos de truchas. Allegra sospechaba que podrían haber hecho el viaje mucho más rápido si hubieran ido a pie por el sendero que daba al lago, pero no dijo nada. Había algo innegablemente placentero en ir acurrucada junto a Macrae en un trineo.

Unas pesadas mantas de piel les cubrían las piernas. Allegra llevaba guantes de lana y una bufanda a cuadros, pero los de Macrae eran de cuero para manejar mejor las riendas del caballo, que avanzaba a un ritmo constante a través de la nieve que caía suavemente.

Aparte de un saludo inicial en el patio y un susurro de agradecimiento cuando Macrae la ayudó a subir al vehículo, y colocó con cuidado las mantas sobre sus muslos y alrededor de sus caderas, Allegra no había dicho nada.

Macrae tampoco.

Parecía que ambos estaban contentos de respirar el aire invernal y observar el paisaje, mientras por debajo de las capas de pieles sus muslos se presionaban íntimamente sí debido al estrecho espacio que había para sentarse... y el gran cuerpo de Macrae.

Con cualquier otra persona, Allegra se habría sentido tensa e incómoda. En cambio, se preguntaba lo cómodos que irían si le pasase un brazo sobre los hombros y la estrechara acurrucándola contra su pecho.

Lo único que tenía que hacer era pedírselo, y sabía que él lo iba a hacer sin dudarle un momento. Macrae no era de los que se preocupaban por las normas del decoro. ¿Por eso lo encontraba tan atractivo? Por eso y por su cabellera despeinada, su sonrisa fácil, sus manos grandes y sus besos ardientes.

—Me muero por saber qué hizo que sonrieras en secreto, muchacha, pero sospecho que nunca me lo dirías, ¿verdad?

Allegra inclinó la cabeza para mirarlo de reojo y sonrió aún más.

—Te puedo decir que es por la frescura del aire invernal, o por el sonido del trineo deslizándose por la nieve, o por el tintineo del arnés del caballo.

Los ojos verdes de Baird se entrecerraron.

—Pero no me dices la verdad.

Sin prestarle atención, la mirada de Allegra se posó en sus labios, unos arcos finos y sensuales enclavados entre los pequeños remolinos de una barba rojiza.

—No. No te la digo.

Baird emitió un fuerte gruñido que atravesó el cuerpo de Allegra, extendiendo su deseo hasta los rincones más profundos de su ser.

—Pídemelo.

Un beso.

¡Oh, cómo lo deseaba!

Allegra inspiró profundamente para tranquilizarse y lo miró a los ojos.

—No puedo.

Bajó la mirada manteniendo su atención en ella.

—No te voy a hacer daño. No miento cuando digo que quiero que estés conmigo para siempre.

Aunque su declaración la hizo estremecerse, su voz sonó tensa cuando le respondió:

—Si apenas me conoces.

Baird levantó el pecho y asintió con firmeza.

—Sé lo que necesito.

Allegra arqueó una ceja en señal de interrogación, instándolo a continuar.

Aunque Baird volvió a mirar hacia delante, Allegra mantuvo la atención en su perfil tosco: frente inclinada, ojos hundidos, nariz fuerte y masculina y mandíbula ancha. Observó que su garganta se movía pues estaba tragando saliva, y casi perdió el aliento cuando se pasó la lengua por el labio inferior antes de responder.

Baird se aclaró la garganta.

—Los últimos años han sido... difíciles para mí. He reflexionado demasiado sobre preguntas que no tienen respuesta. He permitido que las dudas y las culpas llenen mi corazón. Pero cuando me desperté en esa posada y me encontré con una mujer furiosa, apasionada y hermosa dándome órdenes y pidiéndome que saliera de la ventana... Es difícil de explicar, pero sentí que algo encajaba perfectamente. —Le lanzó una mirada ardiente llena de sentimientos—. Sentí una gran emoción y la esperanza de que la vida me podría ofrecer algo más que arrepentimiento.

A Allegra se le apretó el pecho y el corazón le latió con fuerza, pero se obligó a responder:

—No es posible que bases tu deseo de casarte conmigo en un único encuentro.

Baird arqueó las cejas.

—¿Por qué no?

—Porque... no es... no tiene sentido. Es ilógico. No hay forma de saber si podríamos ser compatibles para toda la vida.

Él se rió de ella con una risa gutural que le desencadenó un hormigueo en el vientre. La mirada que le dirigió fue completamente masculina, sensual y cómplice, y su voz, profunda y directa.

—Ay, muchacha, claro que somos compatibles. Te lo prometo.

La frustración que le provocaba lo que decía hizo que le respondiera de manera contundente:

—El matrimonio implica mucho más que la pasión sexual.

—Sin duda —convino él de inmediato—. También tiene que haber respeto mutuo, aprecio, amistad y generosidad. Así como el compromiso compartido de abordar juntos cualquier problema que surja. —Hizo una pausa y bajó la barbilla—. Y confianza.

Allegra se puso rígida, pero no refutó lo que le dijo. Todo lo que decía sonaba demasiado

cierto. Era sorprendentemente fácil imaginarse construyendo una vida basada en las cualidades que le mencionaba.

Pero la confianza no era algo que ella entregara libremente, ni siquiera antes de Lucas. Y desde entonces... esa palabra se le atragantaba.

Ya había apostado una vez por el honor de un hombre y había perdido, pero no se había derrumbado. En todo caso, la experiencia la había hecho más fuerte.

Si se arriesgaba con Macrae, si creía en lo que decía, y se dejaba llevar por unos sentimientos que seguían creciendo en su interior cada día, temía estar arriesgando más de lo que podría asumir.

¿Pero le valdría la pena?

Estudió su rostro, tan apuesto y firme mientras miraba el camino que tenía por delante, y vio que aunque una sonrisa le ensanchaba ligeramente la boca, no lograba eliminar el destello de tristeza que se veía en sus ojos.

—Aquí estamos —dijo en voz baja.

Las montañas cubiertas de nieve se elevaban espectacularmente hacia la izquierda, mientras que el arroyo por el que iba el camino se abría de repente para dar paso a un lago amplio y plácido. Aunque sus orillas estaban cubiertas de nieve, el lago conservaba su color azul oscuro y misterioso, tranquilo y profundo. Más adelante, en una península rocosa, se encontraba la estructura de una antigua mansión.

Las piedras con las que estaba hecha eran de color gris oscuro debido al paso del tiempo y estaban ennegrecidas por el humo, pero la capa de nieve brillante les otorgaban un cierto encanto, como si no estuvieran perdidas para el mundo, sino simplemente durmiendo.

A medida que se acercaban, reconoció diferentes aspectos de la estructura a partir de los planos y dibujos que había visto en la biblioteca. Al superponer mentalmente los planos de la reconstrucción sobre la imagen que tenía ante ella, pudo visualizar fácilmente la formidable vivienda terminada: una asombrosa combinación de elementos arquitectónicos coexistiendo en perfecta armonía.

—Hermoso —dijo con un suspiro.

—Sí —la voz de Macrae estaba cargada de emoción.

Allegra empatizó con su emoción con respeto y dolor.

—Debe ser difícil para ti venir aquí —dijo en voz baja.

—Difícil, sí. Pero bueno... Este ha sido el hogar de varias generaciones de los Macrae. Y tiene que continuar siéndolo.

—Estás haciendo un esfuerzo admirable.

Baird la miró de reojo.

—Gracias —murmuró antes de volver su atención hacia adelante mientras dirigía el trineo más allá del castillo—. La restauración comenzará en primavera.

—¿No vamos a parar? —preguntó Allegra.

—No, aquí no. Hay algo más que necesito mostrarte, pero tendremos que caminar un poco.

A Allegra se le encogió el pecho. Sabía hacia dónde se dirigían.

Capítulo once

Baird condujo al caballo y al trineo hasta un murete de piedra. Saltó al suelo nevado y se volvió para ayudar a Allegra a bajar del vehículo.

Ella lo miró a los ojos y su cuerpo se tensó de golpe. Ay, tenía algo en la mirada que siempre la dejaba cautivaba.

El cálido color castaño de sus ojos brillaba con inteligencia y pasión, aunque lo negaría en cuanto él se lo mencionara. Pero era más que una pasión sensual. Era un anhelo silencioso y obstinado de querer algo *más*. Era una mujer que aún no había alcanzado su máximo potencial y estaba plenamente consciente de ello.

Baird esperó pacientemente a que Allegra se deslizara sobre el trineo y colocara su mano enguantada sobre la suya.

—Apóyate en el saliente y te ayudaré a bajar.

Cuando lo hizo, la agarró por la cintura, la levantó y la bajó al suelo. Ella emitió un suave gemido durante el rápido movimiento, y él la sujetó hasta que sus pies terminaban de apoyarse en la nieve. Después, la soltó de mala gana.

—¿Lista para una pequeña caminata?

—¿Vienes aquí con frecuencia? —Preguntó una vez que comenzaron a avanzar por el estrecho, pero transitado, sendero, que solo estaba parcialmente cubierto por la nieve.

—Sí.

Baird le contó algunas leyendas familiares mientras continuaban por la ruta que llevaba a las colinas rocosas que se alzaban detrás de la mansión. Eran cuentos de caballeros, rebeldes y bandidos. Incluso, le explicó la historia de un cortesano que duplicó las posesiones familiares gracias a un matrimonio muy ventajoso con la prima de una reina. Eran todas historias que había escuchado miles de veces cuando era apenas un muchacho. Leyendas que consolidaban su propia historia, y su conexión con esa tierra y su hogar.

Cuando comenzaron un breve ascenso entre rocas escarpadas, a Baird le preocupó que el camino fuera demasiado accidentado para ella, pero Allegra no tuvo ningún problema en seguirle el ritmo. Aunque el esfuerzo hacía que fuera con la boca entreabierta para respirar mejor, y que sus suaves mejillas estuvieran teñidas de un hermoso color rosa, parecía tener más vigor que cansancio.

Cuando sus cálidos ojos color whisky se posaron en los suyos, Baird sintió un fuerte vuelco en el pecho. Y cuando le ofreció una sonrisa, tuvo la impresión de que se le iba a detener el corazón.

Era una sensación que había tenido muchas veces desde su primer encuentro: la sensación de saber que todas las piezas eran las correctas y adecuadas, y encajaban perfectamente formando un proyecto destinado a ser perfecto.

Pero entonces su sonrisa desapareció y frunció el ceño.

—¿Qué pasa?

Baird negó con la cabeza.

—No pasa nada.

—Entonces ¿por qué nos hemos detenido?

¿Se habían detenido?

Baird, que no se había dado cuenta, resopló para intentar calmar su corazón acelerado.

—Falta un poquito más.

En la siguiente curva, el camino rocoso se abría hacia un pequeño valle enclavado entre colinas espectaculares, que siempre había sido el lugar favorito de Aileen. Allí era donde corría con su perro favorito, jugueteaba en verano en la cascada que caía desde la ladera de la montaña hasta un pequeño estanque tranquilo, organizaba elaboradas meriendas y se sentaba entre los montones de nieve para contemplarlo todo tranquilamente. De niña, había llamado al lugar el Valle de las Hadas y, cuando se convirtió en una mujer joven, nunca la abandonó la magia de ese rincón oculto.

Baird se detuvo en lo alto de un saliente rocoso que dominaba todo el valle. Cuando Allegra se acercó a él, casi se queda sin aliento. Deseaba que ese momento fuera conmovedor, pero no podía saber cuán profundamente afectado se sentiría cuando se dio la vuelta y vio en su rostro que estaba mirando completamente embelesada.

Tenía las mejillas de color rosa pálido y contemplaba la escena con sus ojos oscuros abiertos de par en par. De pronto, separó los labios para suspirar y deslizó una mano sobre la de él.

Baird estaba bastante seguro de que Allegra ni siquiera era consciente de que lo había hecho, pero entrelazó sus dedos con los de ella como si fuera un anhelo cumplido. Era algo dulcemente conmovedor.

—Es maravilloso —susurró Allegra después de un largo rato—. A ella le debía encantar este lugar, ¿no? ¿A tu hermana?

—Sí.

Le volvió a sonreír y le apretó la mano. Parecía que, por fin, era consciente de que estaban tomados de la mano.

—¿Dónde construirás tu proyecto?

Baird señaló un lugar cerca de la laguna de la montaña, y según se mirara desde cada uno de los seis arcos que había diseñado variaba por completo la vista del valle. En primavera y verano, el sonido del agua que bajaba por la ladera de la montaña proporcionaría la música de la naturaleza, y el remanso que se formaría a su alrededor reflejaría la estructura del monumento como si fuera un espejo.

—Perfecto —suspiró ella.

—¿Te importaría que use tu diseño?

Allegra lo miró bastante sorprendida.

—Claro que no. Es tuyo.

—Te lo pagaré...

—No, no te lo permitiría —lo interrumpió bruscamente.

—No tengo suficientes palabras para agradecerte un regalo como ese. —Baird se aclaró la garganta—. Ojalá ella pudiera estar aquí para verlo.

—Lo está. —La confianza de su tono de su voz calmó sus intensas emociones.

Y logró que esbozara una sonrisa.

—Sí.

—Y vendrá más gente que podrá disfrutar de la belleza y la magia de este lugar, igual que hizo ella.

—Eso es lo que espero —admitió Baird bruscamente—. Durante mucho tiempo... evité venir a este lugar. No tenía sentido que pudiera seguir existiendo sin ella, que era todo brillo y belleza, y enseguida nos dejó.

Lo invadió una emoción muy profunda. Bajó la barbilla y respiró hondo, pero no logró

deshacer el nudo que se le había formado en la garganta. Cuando cerró los ojos con fuerza no consiguió impedir que le brotaran unas lágrimas.

Rápidamente, Allegra estrechó su cuerpo contra el de él, que inclinó la cabeza y enterró la cara en su cabello mientras lo abrazaba. Baird, con la respiración entrecortada, la abrazó con fuerza.

Allegra no dijo nada, no intentó calmar su dolor con palabras. Simplemente lo abrazó.

Después de un rato, su pena se fue suavizando y fue sintiendo menos dolor hasta que pudo levantar la cabeza y mirarla a la cara.

—Me gusta poder compartir este lugar. Saber que traerá paz y felicidad a los demás como le sucedió a Aileen.

—Es una hermosa manera de honrar su memoria.

—Gracias, muchacha —le dijo sonriendo.

Ella le respondió curvando ligeramente la boca.

—De nada.

Baird la abrazó con más fuerza. Y cuando vio que su mirada se estaba volviendo más cálida y oscura, tuvo que apretar los dientes para no bajar la cabeza hacia ella.

Contuvo la respiración rogando en silencio que se lo pidiera...

—Deberíamos regresar.

A pesar de sentirse un poco decepcionado, cuando ella dio un paso atrás, la soltó tranquilamente.

Cuando ya iban de regreso avanzando con mucho cuidado por el mismo camino por el que habían llegado, Baird decidió satisfacer su curiosidad:

—¿Cómo aprendiste a hacer diseños arquitectónicos?

Hubo una pausa antes de que ella respondiera. Baird se había vuelto hacia ella, pero la pendiente del camino requería su atención. Sin embargo, se sorprendió por el tono monótono de su voz cuando finalmente respondió.

—Mi padre dirige un estudio de arquitectura Nueva York.

Como no dijo nada más, Baird se vio obligado a seguir indagando:

—Eso no explica exactamente cómo llegaste a poseer un talento como ese.

Aunque Allegra suspiró en silencio, Baird lo percibió.

—Cuando era niña me encantaba hojear sus libros. La arquitectura me fascinaba. No hay nada más que sea capaz de combinar la creatividad y la imaginación a través de una forma y una función determinada. La arquitectura es una mezcla mágica de arte, ciencia, historia y matemáticas.

—Nunca lo había pensado de esa manera.

—Mi fascinación siguió creciendo a medida que me fui haciendo adulta. Mi padre no me desanimaba, sino que simplemente no se molestaba en preocuparse de ello. Mientras no me interpusiera en su camino, no se oponía a mi presencia en su estudio, así que pasaba allí tanto tiempo como podía.

—¿Esperas unirme a la firma de tu padre algún día?

La idea de que ella pudiera regresar a Estados Unidos le provocó un nudo en el estómago, pero no había duda de que iba a ser una excelente arquitecta. Además del talento evidente que mostraba el boceto rápido que había hecho para él, tenía una fuerza, un ímpetu y unas ganas de hacer cosas, que mantenía cuidadosamente bajo control. Sospechaba que si se le diera rienda suelta podría llegar a tener una fuerza imparable.

Estaba tan distraído imaginándola detrás de una enorme mesa de dibujo en una elegante

oficina de una gran ciudad que tardó un rato en darse cuenta de que no había respondido a su pregunta de inmediato.

—No —respondió de pronto muy seca.

Baird la miró, y se fijó en la tensión que se reflejaba en su boca. Se miraba fijamente los pies, pero alcanzó a observar un atisbo de sombra en su mirada, que habitualmente era tan vivaz. La rigidez de sus hombros era evidente, incluso bajo de la pesada capa que llevaba.

—¿Existe alguna posibilidad de que te pueda interesar echar un vistazo más de cerca a los planos de la restauración? Entiendo que prefieras no hacerlo, pero hay algunos elementos que aún no se han resuelto, y me encantaría saber lo que opinas. Te ofrecería una compensación adecuada por tu trabajo, por supuesto.

Como no le respondió de inmediato, le preocupó haberse excedido en su petición o, peor aún, haberla molestado de alguna manera. Allegra tenía una expresión extraña y no conseguía interpretar lo que se veía en sus ojos.

—¿Quieres que trabaje en tus planos? —Preguntó finalmente un poco rígida.

Baird asintió con la cabeza.

—Sí. Los arquitectos de Edimburgo me dijeron que no podían hacer mucho más. Espero que tengas buenas ideas.

Se produjo una larga pausa, y después algo brilló en sus ojos.

—Me parece bien.

Capítulo doce

Faltaban dos días para que comenzaran las vacaciones de invierno, y la segunda fiesta navideña anual del conde y la condesa de Darrow estaba siendo todo un espectáculo.

La entrada del castillo estaba iluminada con luces de colores que daban la bienvenida a los invitados cuando llegaban. Unas ramas de pino y acebo recién cortadas atadas con grandes lazos de terciopelo rojo llenaban el espacio de aromas invernales. Después, una guirnalda vegetal con luces guiaba a la gente que subía por la gran escalera para acceder al salón de baile del segundo piso, así como a las salas contiguas.

Como la cena se tomaba mucho más tarde, la primera parte de la velada estaba reservada a los bailes y la vida social.

Baird saludó a algunos viejos amigos y, de vez en cuando, se detenía para hablar con quienes no había visto en mucho tiempo. Pero su atención estaba centrada en el salón de baile que se iba llenando rápidamente. Mientras buscaba entre topas las mujeres a una en especial, tenía el cuerpo tenso aunque cargado de esperanza.

Y entonces apareció, de pareja de un conocido de la zona bailando un baile campestre.

La luz de los candelabros del techo hacía que su cabello oscuro brillara como el satén, y que su piel se viera resplandeciente mientras bailaba del brazo de su pareja. Llevaba un vestido plateado tan pálido que parecía escarcha a la luz de la luna. Un collar de zafiros y diamantes rodeaba su garganta, y de sus orejas colgaban unos pendientes a juego.

Era tan hermosa que cuando la miraba le dolían hasta los huesos.

Baird ansiaba poder reclamar de una vez por todas a esa mujer como suya frente a todos los presentes. Quería que supieran que ella era tan suya, como él de ella. Su estómago se apretó por los sentimientos que crecían en su interior cada vez que la veía. Durante sus noches de insomnio seguía teniendo visiones fugaces de esa mañana en la posada.

Pero la atracción que sentía por la señorita Allegra Smithson iba mucho más allá de lo sensual.

Valoraba la forma directa en que expresaba sus pensamientos. Y que era dinámica, audaz y sumamente segura de sí misma. Los últimos días que habían pasado juntos en la biblioteca, repasando los planos para la restauración de su casa, había comprendido que gracias a su pasión y su disciplina había alcanzado un gran dominio de la arquitectura.

Nunca se había sentido tan asombrado por la capacidad y el talento de alguien como cuando vio la manera en que resolvía los problemas de sus planos inacabados. Era asombroso verla sentada en el escritorio, completamente en su elemento, decidida a plasmar en el papel todas las ideas que pasaban por su cabeza. Después de unos pocos días, e incontables horas de trabajo, ya había creado varias soluciones viables para finalizar el proyecto.

El tiempo que habían pasado juntos en la biblioteca le había permitido vislumbrar lo increíble que era ella en realidad, pero le no había dado pie a que mantener conversaciones de naturaleza personal o romántica.

Esta noche, sin embargo, estaba hecha para este tipo de cosas, y Baird tenía la intención de aprovecharla.

Cuando el baile finalmente llegó a su fin, la pareja de Allegra la condujo hacia la mesa de los canapés. Pero antes de salir de la pista de baile, miró directamente a Baird, como si supiera exactamente dónde se encontraba. Y él sintió que su corazón daba un vuelco cuando al ver que lo

miraba.

A la incertidumbre le siguió un poco de nostalgia.

Tenía el estómago apretado. ¿Era ella consciente de sus intenciones?

Había reconocido su atracción física hacia él, pero también había declarado que eso no servía de nada. ¿Se estaba resistiendo a él... o a sus sentimientos hacia él?

Pero no estaba dispuesto a esperar más y cruzó rápidamente el salón de baile. Tenía que saber, esa noche, si había alguna esperanza de que hubiera algo más entre ellos.

Aunque se acercó a ella por detrás, percibió el momento en que se dio cuenta de su presencia por la ligera tensión de su columna y que se le puso la piel de gallina hasta en la nuca.

Su anterior compañero de baile, el señor Robertson, que todavía estaba a su lado, sonrió a Baird en señal de bienvenida.

—Macrae, me alegro de verte. Han pasado muchos años, ¿no?

—Sí —respondió Baird—. Al menos unos cuantos.

Allegra se volvió lentamente hacia él, y su cuerpo se tensó como le ocurría siempre que estaba con ella, pues nunca sabía si se encontraría con una sonrisa, o con un ceño fruncido, animando sus adorables rasgos. Esa noche su expresión era neutra, probablemente debido a la multitud de extraños que la rodeaban, pero Baird creía haber visto en lo más profundo de su mirada un destello de luz.

Le hizo una reverencia.

—Señorita Smithson, si no se lo ha prometido a nadie, me gustaría que bailara conmigo el próximo baile.

—Me temo que ya lo tengo prometido.

—Creo que se equivoca, señorita Smithson —intervino Robertson amablemente—. ¿No mencionó que iba a descansar antes de su próximo baile?

Baird sonrió al ver que los ojos oscuros de la señorita Smithson bajaban para ocultar sus pensamientos.

—Es verdad. Gracias por recordármelo, señor Robertson. —Y enseguida hizo a Baird un breve gesto con la cabeza—. Sería un honor para mí, señor Macrae.

Capítulo trece

Allegra sintió calor y un hormigueo por el todo cuerpo cuando Macrae tomó su mano y colocó la otra en la parte superior de su espalda en la posición perfecta para bailar un vals. La pista de baile estaba repleta de gente, pero la presencia abrumadora de Macrae, y la manera en que respondía a él, bloqueaban todo lo que estuviera más allá del círculo que formaban sus brazos.

Intentó no mostrar la inseguridad que sentía, levantó la barbilla y se encontró con una mirada desafiante.

Baird le sonrió.

Y a ella se le derribió el corazón.

¿Por qué era tan difícil? ¿Por qué le era tan difícil resistirse a él?

¿Y por qué continuaba intentándolo?

Una mezcla de rectitud e ilusión impregnó cada paso del vals, como si fuera solo un comienzo, un mero trampolín hacia todo lo que se había ido construyendo entre ellos durante las últimas semanas, y todo lo que le había prometido para el futuro.

Allegra observaba los ojos verdes de Macrae, buscando algo que justificara todas sus dudas y su resistencia.

La mirada de Baird estaba cargada de un deseo silencioso y controlado. Pero tan intenso, punzante y sensual que hacía que se sintiera vulnerable por las intensas reacciones que provocaba en su cuerpo. Separó los labios para tomar aire rápidamente y la atención de Baird se centró en su boca. Ella se sintió tan arrebatada que apretó los dedos de la mano que descansaba sobre su hombro.

Esta respuesta hizo que Baird volviera a mirarla, y ella lo observó más profundamente intentando ver más allá del deseo que no quería, ni podía, negar. ¿Se encontraría con una mentira?

Baird bajó la cabeza hacia ella. Tenía que saber que ella estaba buscando algo en él, sino ¿por qué sentía como si se estuviera abriendo en canal ante ella?

Porque no tenía nada que ocultarle.

Ella sintió dolor en el pecho. Un anhelo tan profundo que no sabía ni que existía. Le atraía su mirada firme, su fuerza, su humor y su lealtad. Así como sus manos rudas, su voz sensual y modulada, además de que siempre cumplía con lo prometido.

Quería que la besara.

—Pídemelo.

La rudeza y la profunda serenidad de su voz fue como una caricia que le hizo arder la sangre. Y sus labios le parecían tan perfectos. Tan masculinos, firmes y generosos.

Lo deseaba tanto que temblaba y se moría de ganas de estar con él. Pero no se trataba solo de un beso. Se trataba de lo que venía después.

Le había dicho que quería casarse con ella.

Pero no se atrevía a creérselo.

—No puedo.

Las cejas de Baird se fruncieron ante su negativa. ¿Había percibido el tono entrecortado de su voz? ¿Podía adivinar lo difícil que le era seguir negando lo que más ansiaba en la vida?

—Dime por qué.

En un arranque de conciencia, Allegra miró a su alrededor y recordó de pronto que

estaban en un salón de baile lleno de gente. La mano de Baird que la sujetaba por la espalda se movió sutilmente y su pulgar rozó la piel desnuda con un movimiento tranquilizador para atraerla hacia él como si la quisiera proteger.

Su corazón se llenó de amor. Volvió a mirarlo a los ojos y le dijo:

—Aquí no.

Baird asintió aceptándolo de una manera muy natural.

Después se dirigieron hacia las puertas del balcón, algunas de las cuales estaban abiertas para permitir que el aire invernal entrara al salón de baile. Algunos invitados permanecían cerca de la entrada para disfrutar del frío de la noche sin salir al exterior. Cuando dejaron de bailar el vals, Macrae le colocó una mano en el codo para guiarla entre la gente para salir al balcón.

Aunque el frío la abrazó al instante, no logró disipar el calor de la emoción que crecía en su interior. Estaban a varios pasos de la puerta abierta cuando Baird se detuvo. Al mirar por encima del hombro, advirtió las miradas curiosas de quienes se habían fijado en ellos. Tal vez estaban lo suficientemente lejos como para no alcanzar a escuchara lo que se decían, pero todo el mundo podía verlos.

—¿Preferirías continuar hasta que estemos fuera de vista?

Ella negó con la cabeza.

—No hay necesidad de darle motivos a nadie de sospechar algo inapropiado.

—Estas personas me conocen desde que era un niño. Saben que jamás te deshonraría.

Allegra suspiró. Ojalá pudiera estar tan segura de eso mismo.

—Allegra —dijo con su voz grave y modulada pronunciando su nombre de pila por primera vez—. Si me equivoco sobre lo que sientes por mí, dímelo ahora.

Podía mentirle y decir que no sentía nada, pero no iba a servir en absoluto. Ella simplemente no era mentirosa.

—Te deseo —respondió susurrando—. A veces, más de lo que puedo soportar.

Baird agarró la barandilla del balcón con su gran mano con tanta fuerza que Allegra temió que fuera a arrancar un trozo de piedra.

—¿Y me equivoco al creer que la lujuria no es lo único que sientes por mí?

Allegra, que respiraba de manera entrecortada, se encontró con su mirada brillante. Estaba completamente derretida por dentro cuando la verdad salió de su boca como si fuera una larga exhalación.

—No. En eso también tienes razón.

Un gruñido retumbó en el pecho de Baird y sintió un delicioso vuelco en el estómago. Entonces dio un paso hacia ella.

—Entonces ayúdame a entenderte, muchacha.

Allegra escudriñó su hermoso rostro, ensombrecido por la preocupación y la intriga.

Había abandonado Nueva York hacía casi un año con la intención de olvidar por completo el incidente con Lucas. El desastroso error que había cometido al confiar en él había destruido su reputación, su sueño de trabajar en el estudio de su padre y, lo peor de todo, su fe en el cariño y el sentido de la justicia de su progenitor. Pero nunca había sentido que estuviera huyendo.

Desde el día en que retiró el dinero que le había dejado su madre y se embarcó en un barco rumbo a Europa, sintió que estaba en una carrera en dirección *hacia* algo. Iba a viajar, a explorar y a vivir a su manera. Algún día, reharía su portafolios de proyectos y conseguiría un trabajo en alguna de las grandes firmas de arquitectura de Europa. Y si no la contrataban, pensaba crear su propia empresa.

Nunca había dudado de nada de aquello.

Y entonces conoció a Macrae y, de algún modo, a pesar de todo, descubrió que no había dejado su experiencia con Lucas tan atrás como había pensado. Cuando recordaba sus engañosas manipulaciones y la falta de confianza de su padre hacia ella, todavía le dolía como si tuviera una herida abierta.

Pero Macrae necesitaba comprender por qué Allegra no se entregaba abiertamente a lo que había surgido entre ellos.

Algo se rompió en ella el día que se tuvo que enfrentar a Lucas y a su padre, y se dio cuenta de que se habían unido en su contra. No había comprendido hasta qué punto se había quebrado algo muy íntimo de sí misma hasta que conoció a Macrae y experimentó el doloroso anhelo de desear algo en lo que ya no creía.

Pensar en ello le provocó una punzada de dolor en el pecho que hizo todo lo posible por ignorar. Al ver la mano de Baird, que se aferraba con fuerza a la barandilla del balcón, tal vez para no tocarla, dijo:

—El otro día me preguntaste si tenía planes de incorporarme al estudio de mi padre.

Hizo una pausa, y Macrae emitió un suave sonido de reconocimiento.

—Dije que no, pero la verdad es que tuve la esperanza de trabajar con él. En realidad, hubo un tiempo en que lo que más quería era trabajar en el estudio. Las pocas veces que intenté tratar el tema con mi padre, me ignoró. Verás, se conformaba con darme la libertad de estudiar arquitectura, pero solo como un pasatiempo. No podía concebir la idea de que me lo tomara más en serio. Después de todo, el lugar de una mujer estaba en el hogar. Y una carrera profesional solo podía distraerla de sus deberes para con su marido y su familia. —Allegra no pudo evitar hablar con un tono cáustico pues odiaba mortalmente esas ideas anticuadas y esperaba conseguir que su padre cambiara de opinión.

>Pero sabía que tendría que demostrarle lo dedicaba que estaba a la arquitectura para que me tomara en serio. Así que empecé a trabajar en algo que demostrara de lo que era capaz de hacer. La empresa de mi padre llevaba años trabajando en un proyecto casi hercúleo. El cliente quería una estética específica y rechazaba todos los diseños que le presentaban. Pero, la obra planteaba sus propios problemas, lo que hacía que las exigencias del cliente fueran prácticamente imposibles. La reputación de la empresa de mi padre dependía de que hicieran bien su trabajo.

—Y tú diseñaste la solución —intervino Macrae con una seguridad que la sorprendió y la animó.

—Sí. —La sonrisa de orgullo que se dibujó en la comisura de su boca no duró mucho—. Trabajé en ello en secreto. Todos los empleados del estudio de mi padre estaban acostumbrados a que hiciera preguntas, revisara planos y demás. Llevaban complaciéndome durante tanto tiempo que ya no pensaban nada de mi omnipresencia. —Tragó saliva—. Había un dibujante en particular que siempre estaba dispuesto a ayudarme. Nos sentábamos y analizábamos el proyecto imposible en profundidad. Siempre escuchaba mis opiniones, e incluso me las pedía en alguna ocasión. Me dijo que mis soluciones eran esclarecedoras. Por primera vez, alguien se tomaba en serio mis aportaciones. Era una persona que no procedía de una familia adinerada o privilegiada, y había trabajado duro para ser contratado por la firma de mi padre. Admiraba su ambición. Con el tiempo, empezamos a vernos fuera de la oficina. Para salir. —Allegra se encontró entonces con la mirada entornada de Macrae.

>Me dijo que me amaba. —Curiosamente, esa mentira en particular ya no le dolía tanto como antes—. Me dijo que se quería casar conmigo, pero solo cuando hubiera logrado ascender en la empresa. Quería ser digno de mí. Y yo creí en lo que me decía.

—Supongo que no debías haberlo hecho.

Allegra no se dejó distraer por el enfado que transmitía la voz de Macrae.

—No, no debí haberlo hecho. Me apoyó con falsas promesas y halagos. Me convenció de que éramos un equipo, y de que él quería lo mismo que yo. Sin embargo, seguí protegiendo mi trabajo, y solo le enseñaba algunos fragmentos. No quería revelarlo todo hasta que sintiera que estaba completamente listo. Hasta que sintiera que era lo suficientemente bueno como para convencer a mi padre de que mis intenciones de trabajar junto a él eran serias. Lucas me pidió más de una vez ver el proyecto completo, pero me negué. Pero finalmente... encontró una manera de conseguirlo.

—Te sedujo.

Allegra sintió una profunda amargura en el pecho.

—Me engañó y me manipuló. Se convirtió en mi amante con el único propósito de robar mi trabajo pasar hacerlo pasar como suyo.

—¡Qué canalla! —Dijo Baird con gran vehemencia e indignación.

—Lucas llevó mis planos a la empresa y dijo que era suyos. Mi padre se sorprendió al descubrir el gran talento de su modesto dibujante, y lo ascendió de inmediato. Lucas contaba con que yo iba a guardar silencio sobre su traición, ya que significaba reconocer que mi propio comportamiento había sido escandaloso. Pero no estaba dispuesta a permitir que nadie se atribuyera el mérito de algo por lo que yo había trabajado tan duro.

—Bien por ti, muchacha.

Las palabras que Macrae murmuró en voz baja la sorprendieron. Allegra notó el ceño fruncido que ensombrecía sus ojos, y la tensión de su cuerpo mientras escuchaba su historia. Percibía en ira en su mirada, así como un profundo orgullo.

—Bueno —resopló con una gran sensación de derrota—. Al final, arruiné mi reputación por nada. Mi padre no creyó que los planos fueran míos. Confió en la palabra de Lucas antes que en la mía, y pensó que yo había reclamado el trabajo como una especie de venganza por una pelea de amantes. La noticia de mi desliz se extendió enseguida por la ciudad, sin duda con la ayuda de Lucas para así asegurarse de que mi caída fuera completa.

Respiró profundamente y exhaló. Su aliento quedó flotando en el aire helado durante un instante antes de dispersarse. Debería tener haber sentido mucho más frío pues no llevaba más que su vestido de fiesta, pero el calor que le provocaba la rabia lo mantenía a raya. Inclino la cara para ver cómo la miraba Macrae.

—¿Ahora lo entiendes todo?

Capítulo catorce

A Baird se le hizo un nudo en el estómago y le dolió el pecho. Su cuerpo temblaba por la necesidad de abrazar a la mujer valiente y orgullosa que tenía frente a él. En cambio, asintió brevemente.

—Sí.

La mirada firme de Allegra se iluminó aliviada. Volvió la vista hacia el salón de baile y dijo:

—Entonces, ¿dejarás tu campaña?

Baird frunció el ceño.

—¿Para conquistarte? Jamás.

Lo volvió a mirar con sus ojos oscuros.

—Entonces no has entendido nada.

—Sé que tienes muchas razones para desconfiar de lo que yo te diga, pero no lo hace menos cierto. Nada de lo que me has contado cambia lo que siento por ti.

Un sonido de frustración escapó de la garganta de Allegra.

—Eres increíble.

Baird sonrió a pesar de la tensión que aún sentía. El hecho de que no se diera por vencido no significaba que no fuera consciente del desafío al que se enfrentaba.

—Estoy enamorado de ti.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Allegra y cerró los ojos.

—No digas eso. No es posible que me ames.

Baird suspiró intensa y profundamente.

—Tienes el corazón de una guerrera, muchacha. ¿Qué puedo hacer más que respetar y admirar ese fuego que hay en ti? Pero me pregunto que como has estado durante tanto tiempo defendiéndote, tal vez ahora no reconoces cuando no hace falta hacerlo.

—Siempre es necesario hacerlo —dijo con voz aguda mientras abría los ojos y lo miraba valientemente—. Sé que no debo esperar a que nadie luche por mí.

—Yo lucharía por ti, a tu lado y contigo. Hasta mi último aliento —respondió Baird bruscamente siendo completamente sincero.

Allegra lo miró a los ojos de manera muy penetrante.

Baird permaneció firme ante ella, aunque el corazón le latiera intensamente. Si no conseguía hacer que le creyera en ese momento, ¿cuándo lo iba a hacer?

—Nunca te haría daño, Allegra. Puedes confiar en mí.

Ella se puso rígida y sus ojos se oscurecieron antes de responder con un tono de voz plano:

—Lucas dijo exactamente lo mismo.

A Baird se le hizo un nudo en la garganta por la frustración.

—Yo no soy ese hombre.

—Lo sé —dijo ella en voz baja—, pero yo sí sigo siendo la misma. Confiar en Lucas me costó perder casi todo lo que me importaba.

El control que Baird tenía sobre su cuerpo se iba haciendo cada vez más débil.

—¿Así que eso es todo? ¿Te cierras a todo lo demás? ¿Qué hay del amor? ¿Qué hay de

envejecer con alguien que te ayude a conservar los pies calientes durante las noches frías?

Un destello de algo que él nunca había visto antes apareció en la mirada de Allegra.

—¿Quieres eso conmigo?

Baird respondió con risa un poco estridente.

—Es lo que ya te he explicado, ¿no?

Las hermosas facciones del rostro de Allegra se tensaron y su mirada se volvió introspectiva.

—No estoy segura de saber cómo hacerlo. Hace mucho tiempo que me las arreglo sola. Incluso cuando era niña, ya sabía que el mundo no me iba a proporcionar fácilmente las cosas que deseara. Nunca fui la jovencita dócil que la gente quería que fuera. Siempre fui demasiado atrevida y franca, demasiado ambiciosa, demasiado asertiva y segura de mí misma. Si hubiera nacido hombre, me habrían admirado y respetado por esas cualidades. Pero, en cambio, habitualmente me ridiculizaban. Por eso no podía dejar que nada de todo aquello influyera en mí.

Baird se acercó un poco hacia ella.

—Todas las cosas que acabas de enumerar son las que te hacen tan perfecta... —Bajó la voz—. Para mí.

Allegra levantó la barbilla de esa manera desafiante tan propia de ella y le preguntó:

—¿Y tú crees que eres perfecto para mí?

—Sí —respondió Baird con absoluta convicción—. Lo único que necesito es una oportunidad para demostrarte que soy el hombre que necesitas... ahora y para siempre.

Con cuidado de no tocarla, inclinó su cuerpo hacia el de ella. Pero Allegra no se apartó, sino que inclinó la cabeza aún más hacia atrás para seguir mirándolo a los ojos, en los que alcanzaba a ver una chispa de esperanza.

—Sabes lo que quiero, y es lo que he deseado desde el principio. Lo creas o no, es la verdad. —Dijo emocionada y él no pudo evitar responderle con un suspiro profundo, intenso y conmovedor.

—No imaginas lo que daría por abrazarte ahora mismo, muchacha —murmuró Baird con la voz ronca.

A ella le revolotearon las pestañas y entreabrió la boca, pero no hizo nada por acercarse a él, ni tampoco le pidió que él lo hiciera.

Baird dio un paso atrás muy frustrado.

—No puedo seguir con esto. —Su intenso deseo hacía que se sintiera como si estuviera en carne viva, expuesto y vacío. Se pasó una mano por el cabello y enderezó los hombros al ver su mirada orgullosa, pero precavida—. Ya sabes dónde encontrarme.

Entonces se alejó. Era lo único que podía hacer. Si se quedaba un momento más, cedería al impulso de abrazarla y besarla hasta que sus miedos desaparecieran y consiguiera hacer que creyera en que el destino los guiaba. Pero había hecho una promesa y la pensaba cumplir.

Sería ella la que tendría que ir a buscarlo.

Allegra observó cómo desaparecía lentamente en la oscuridad de la noche y la nieve recién caída. En cuanto lo perdió de vista, un frío gélido se apoderó de sus huesos y un temblor incontrolable la sacudió de pies a cabeza.

Pero Macrae no había vuelto al salón, sino que se había alejado hacia el jardín, así que decidió quedarse donde estaba. Tal vez una parte de ella pensaba que volvería enseguida.

No lo hizo y, finalmente, el frío la obligó a entrar en la casa, donde rápidamente se

disculpó y se dirigió a su dormitorio. Susanna la miró de manera extraña cuando intercambiaron las buenas noches, lo que hizo que Allegra se preguntara si la sensación de estupor que sentía en su interior también se le reflejaba en la cara.

Finalmente, el calor de su cama disipó el frío de cuerpo, aunque no podía dejar de temblar.

Le resultó imposible dormirse.

Cada palabra que Macrae le había dicho, desde el momento en que lo vio abrir los ojos por primera vez sus brillantes ojos verdes y le murmuró un espeso “*buenos días*”, fueron pasando por su mente como si fueran una letanía. A medida que la noche se fue alargando, su cuerpo se puso a arder con los recuerdos de sus manos acariciando su piel, su lengua explorando su boca, o su duro miembro presionando suavemente su intimidad. Cuando cerró los ojos, continuaba viendo el brillo de su mirada, o el destello de su sonrisa. O la forma en que inclinaba la cabeza cuando le hablaba. O cómo hacía que se sintiera viva cada vez que entraba en el salón.

A medida que el amanecer se iba acercando lentamente, sus pensamientos se dirigieron a cosas más tranquilas: el dolor y la culpa que le transmitió cuando le contó lo de la pérdida de su hermana, su lealtad y dedicación para recuperar y preservar un legado familiar prácticamente perdido, y la profundidad y riqueza de su voz cuando le declaró que estaba enamorado.

De ella.

El peso de la incertidumbre que la atenazaba se convirtió en algo dulce cuando pensó que un hombre tan noble, amable y generoso la amaba de verdad.

Su corazón se encogió cuando de pronto se dio cuenta que era absurdo compararlo de en ningún sentido con Lucas. Le avergonzaba haber pensado, aunque fuera por un segundo, que se parecieran en algo.

Baird Macrae era todo lo decente y honorable que puede ser un hombre. También era apasionado, leal y comprensivo. La vida con él estaría llena de risas y miradas ardientes, cálidos abrazos y estimulantes paseos por la montaña. Su respeto, amistad, así como sus besos sensuales y apasionados, hacían que como mujer pudiera deshacerse de sus inhibiciones aferrándose a su fuerza, siguiendo su ejemplo y aceptando voluntariamente el riesgo de amarlo.

Ella también lo amaba.

Darse cuenta de ello fue una sorpresa increíble que le proporcionó mucha serenidad. Era algo que la removía por dentro y apenas lograba disimularlo. Lo amaba. Era algo sencillo y justo, perfecto y aterrador.

Allegra dejó a un lado las sábanas y puso los pies descalzos en el suelo. Se acercó a la ventana a grandes zancadas y descorrió las pesadas cortinas. Aunque el aire frío se filtrara por las ventanas heladas, pero se acercó a una y observó los tonos púrpura del amanecer.

Estaba demasiado oscuro y apenas se distinguía la silueta en sombras de las montañas, por lo que tuvo que imaginar por dónde pasaba el camino por el que siempre paseaba. Pero mientras lo hacía, deseó intensamente sentir el frío aire matinal de invierno. Necesitaba caminar a zancadas por la nieve mientras su aliento se convertía en nubes de vapor.

Se dio la vuelta y se vistió.

Poco después, salió de la casa por el jardín trasero justo cuando los primeros rayos de sol empezaban a asomar por el horizonte. La mañana estaba tranquila y silenciosa, sin viento ni nieve. Solo se oía el crujido rítmico de sus botas sobre el suelo helado y el aire que entraba y salía de sus pulmones.

El duro y accidentado paisaje invernal la ayudó a despejar la mente, y mover el cuerpo alivió su tensión hasta que lo único que sentía era un anhelo intenso en lo más profundo de su

ser.

Un sentimiento dulce y triste al mismo tiempo. Duro pero reconfortante.

Cuando iba subiendo la colina desde la que se veía el lago pequeño y la cabaña de Macrae, recogió una piedra en el camino. Al llegar a la cima, inhaló profundamente el aire puro varias veces, haciendo que sus pulmones se llenaran por completo antes de exhalarlo. Después, agregó con cuidado su piedra al montículo, y se giró para mirar hacia abajo, hacia el lago y la cabaña. Le sorprendió ver que salía una delgada columna de humo de la chimenea.

Macrae no solo se había ido la fiesta después de la conversación de la noche anterior, sino que también se había marchado de Darrow House. Y ahora estaría allí, durmiendo acurrucado en la cabaña de piedra.

Allegra se sintió profundamente conmovida. Comenzó a sentir una intensa emoción en el pecho que recorrió todo su cuerpo, y finalmente se apoderó de su garganta hasta sentir que casi se ahogaba.

Ya sabes dónde encontrarme, le había dicho.

Y al parecer tenía razón.

Capítulo quince

Allegra contuvo la respiración a la espera de que se abriera la desgastada puerta de madera. Como cuando llamó solo se produjo un gran silencio, se dio cuenta de que era tan temprano que probablemente Macrae estaría dormido a esa hora y no la habría escuchado.

Sin dejarse intimidar, se quitó el guante para evitar que el sonido se amortiguara y volvió a levantar la mano para golpear la puerta con los nudillos. Pero antes de que pudiera hacerlo, la puerta se abrió.

Y entonces, Macrae llenó el espacio la puerta con su cuerpo grande y musculoso. Vestía unos pantalones cómodos, y no llevaba ni abrigo, ni chaleco, ni zapatos, tan solo una camisa con el cuello abierto y las mangas arremangadas. Su cabello rojo estaba alborotado y se parecía mucho a cómo estaba en aquella primera mañana en la que Allegra se había despertado en su cama.

Exhaló un profundo suspiro y su corazón latió con fuerza mientras un hormigueo de deseo se apoderaba de su estómago.

—Buenos días —murmuró intentando ordenar sus pensamientos dispersos.

Las comisuras de la boca de Baird se elevaron un poco y apenas bajo rápidamente la cabeza como saludo.

—Buenos días.

La gravedad de su voz, tan hermosa y profunda, hizo que sintiera que hacía lo correcto y reavivó su propósito.

—Estaba dando un paseo.

Baird arqueó las cejas y echó un vistazo al lago bordeado de escarcha y a las montañas nevadas que se extendían más allá.

—Sí, y es una mañana preciosa para pasear —volvió su mirada hacia la de ella—. Pero es un poco temprano para salir todavía, ¿no?

—No podía dormir —admitió Allegra con un murmullo.

El verde de los ojos de Baird se oscureció.

—Yo tampoco, muchacha —dijo apartándose de la puerta—. Entra. Estoy preparando un té en la cocina, y además hay galletas.

Té y galletas.

Allegra sonrió al cruzar el umbral de la puerta. La cabaña era más grande de lo que parecía desde lejos, pero no eran más que unas cuantas habitaciones que se desplegaban a partir de un espacio principal donde se encontraba una enorme chimenea de piedra, sin duda diseñada para asar animales de caza mayor. Pero en esa mañana solo ardía un fuego modesto que, aun así, conseguía diseminar el calor por toda la habitación.

Macrae señaló el sofá de cuero desgastado que había frente a la chimenea.

—Entonces iré a buscar el té.

Allegra avanzó por la habitación desenrollando la bufanda que llevaba alrededor del cuello y soltando los lazos de su pesada capa. Después de colocar su ropa de abrigo sobre el respaldo de una silla enorme, se sentó en un extremo del sofá y observó cómo su corpulento y pelirrojo amigo escocés venía hacia ella con una delicada taza de té y un platillo en equilibrio en su gran mano.

Le impactó profundamente observarlo. La curiosa inclinación de su sutil sonrisa. El calor

y la esperanza que se apreciaba en sus ojos. La fuerza y la confianza que mostraban sus movimientos.

Baird era maravilloso, y Allegra lo necesitaba.

Necesitaba sus sonrisas y sus besos, y la forma en que apreciaba tanto sus vulnerabilidades como sus ambiciones.

Necesitaba que la desafiara, y le hacía falta su amistad.

Aunque su intención era seguir adelante con su plan de dedicarse al trabajo que amaba, finalmente había tenido que reconocer que también necesitaba que este hombre le hiciera la vida lo más hermosa posible.

Cuando Baird se detuvo y se agachó con cuidado hasta quedar en cuclillas para entregarle la taza de té, Allegra se dio cuenta de que su corazón latía desbocado. Sus ojos verdes se encontraron con los de ella, y le ofreció una breve sonrisa.

—No tengo mesa de té, o siquiera una bandeja de té, así que tendrás que mantener la taza en equilibrio sobre tu regazo.

Allegra no tenía idea de cómo una afirmación tan mundana podía provocarle un hormigueo en el estómago. Aún así, tomó la taza y el platillo.

—Gracias.

—No lleva leche, solo un poquito de azúcar.

Allegra asintió, y no le sorprendió en absoluto que Baird, en algún momento, hubiera tomado nota de sus preferencias.

—Debería disculparme por haber venido así sin más.

—No tienes que hacerlo —respondió él bruscamente.

Se miraron fijamente durante un momento y el aire se densificó entre ellos. Después Baird bajó la mirada y levantó una ceja.

—Tus botas están mojando la alfombra. —Tomó una bota con una mano y la levantó hasta la altura de sus propios muslos—. ¿Te importa?

Allegra estaba tan azorada que le resultó imposible responder. Sus labios se separaron y su garganta se tensó cuando desató y aflojó hábilmente los cordones de la bota, y después se la sacó y la dejó a un lado. Hizo lo mismo con la otra, y enseguida le sujetó los dos pies cubiertos con unas medias.

—Ay, muchacha —su voz era como un susurro ronco—. Debes tener más cuidado.

Las botas le habían mantenido los pies secos, pero tenía los dedos de los pies entumecidos por el frío. Antes de que pudiera responderle, Baird le quitó las medias de lana y se dispuso a calentarle los pies con sus hábiles manos.

—No tienes que hacer eso —murmuró ella rápidamente, aunque sus manos ya le estaban calentando tanto como a sus pies congelados.

Cuando se levantó vio que su mirada era profunda y enérgica, como si todo lo que estaba sintiendo se reflejara en ella. Su disposición a entregarse con tanta libertad la tenía atónita. Nunca había experimentado una confianza tan abierta. Casi le dolió que fuera así con ella cuando tomó conciencia de que no había sido lo suficientemente valiente como para ofrecerle lo mismo a cambio.

Mientras los pulgares de Baird hacían deliciosos círculos en las plantas de sus pies, inclinó la cabeza hacia ella en señal de interrogación.

—¿Por qué estás aquí, Allegra?

Ella lo miró fijamente y respiró hondo. Se le hizo un nudo en la garganta y el estómago le dio un vuelco.

—Tenías razón. —Las cejas de Baird se arquearon, pero no respondió, simplemente se limitó a masajearle los pies con sus grandes manos y a esperar a que ella continuara—. Me sentía atraída por ti. Me *siento* atraída por ti —corrigió—. No sé si fue el destino el que me guió hasta tu habitación de la posada, pero sé qué me traído aquí esta mañana.

—¿Qué significa eso? —Su voz grave y profunda retumbaba en todo su cuerpo.

Nunca dejaba de conmoverla, de consolarla, o de encender el fuego que la ardía en lo más profundo de su ser.

—Tú —respondió ella simplemente.

El triunfo y el deseo brillaron en la mirada de Baird.

Allegra se inclinó hacia delante, dejó rápidamente la taza de té que se estaba enfriando en el suelo y tiró de sus brazos para obligarlo a acercarse.

Baird respondió inmediatamente, soltó sus pies para apoyar las manos en el sofá, rodeó sus caderas, y se puso de rodillas.

Allegra deslizó las manos sobre sus anchos y musculosos hombros, después fue hacia la gruesa columna de su cuello hasta llegar a su barbuda mandíbula. Entonces se enfrentó a su mirada cargada de deseo y le susurró:

—Bésame, Macrae.

Capítulo dieciséis

El corazón de Baird casi se detuvo.

Y enseguida volvió a latir como un caballo que se lanza al galope.

Sintió la tentación de lanzarse sobre sus labios, rodearla con sus brazos y estrecharla contra su cuerpo, pero primero inspiró lentamente para sentir que estaba haciendo lo correcto mientras su enorme pasión rugía por su sangre endureciendo su cuerpo de golpe.

Aunque lo único que quería era poseerla, antes dedicó un momento a contemplarla.

Era tan hermosa. Y lo miraba de una manera tan segura, salvaje e intensa. Sus ojos estaban oscurecidos por el deseo y rebosaban calidez sin mostrar ni un atisbo de duda. Además, la base de su garganta palpitaba violentamente.

Sostuvo intensamente su mirada, se inclinó hacia delante y la besó.

Parecía que todo el cuerpo de Allegra suspirara. Sus pestañas se agitaron y sus ojos se cerraron. Un suave y delicado gemido escapó de su garganta. Deslizó los dedos desde la mandíbula hasta la nuca mientras sus labios se abrían llenos de pasión bajo de los de él.

¡Sí! ¡Por fin!

Pasó la lengua por sus dientes y saboreó su exquisito interior: miel y fuego.

Un gemido salió de la garganta de Baird y apoyó un pie para levantarse del suelo. Necesitaba estar más cerca. Ella parecía estar de acuerdo pues sus brazos le rodearon el cuello y movió las piernas. Todavía devorando su boca con las ardientes embestidas de su lengua, Baird finalmente hizo que se tumbara en el sofá y colocó su cuerpo sobre el de ella.

El suspiro de Allegra fue profundo y suave, y su cálido aliento se extendió sobre sus labios.

Baird entonces levantó la cabeza para mirarla a los ojos, que brillaban cálidamente. Un hermoso rubor tiñó las mejillas de Allegra, y su boca se ablandó y se puso brillante por sus besos. Sonreía.

Baird no pudo evitar sonreír también.

—Oh, muchacha, he soñado con poder tenerte así.

—¿Tumbada debajo de ti?

—Cariñosa y sonriente.

Allegra bajó los párpados y movió las piernas arqueando suavemente la columna para apretar sus pechos contra su torso. Baird sintió una oleada de lujuria que llegó directamente a su su miembro viril que ya estaba completamente duro.

—Y deseando estar contigo.

Su voz era sensual y suave. No hacía nada por ocultarle su intenso deseo y él lo disfrutaba. Le encantaba que finalmente hubiera llegado ese momento.

Pero Baird no pudo resistir la oportunidad de burlarse un poco de ella.

—¿Entonces quieres algo más que un beso?

Allegra emitió un sonido de frustración al que añadió un pequeño tirón del pelo de su nuca.

—Quiero mucho más, Macrae —admitió con un brillo audaz en los ojos—. Lo quiero todo.

Baird le acarició un lado de la cara y le pasó el pulgar por la comisura de los labios.

—Te traeré el sol y las estrellas, muchacha, y todo lo que hay entremedias.

—Siempre y cuando eso también te incluya a ti.

Baird se rió suavemente.

—Es muy poco probable que puedas deshacerte de mí ahora.

Allegra apretó sus dedos en su nuca.

—Bien.

Fue solo una palabra, pero revelaba más de lo que ella pretendía. Sus intensos suspiros mostraba su gran pasión. Era un reconocimiento de que lo que había entre ellos no era algo pasajero. Era algo profundo, honesto y real.

Él lo había sabido desde el principio. Y ahora ella también era consciente de ello.

Entonces sus ojos se oscurecieron y levantó la cabeza para besarlo de manera muy delicada. Después se apartó un instante para decirle muy suavemente:

—Te amo.

Una oleada de emoción pura recorrió el cuerpo de Baird, soltó el aliento de golpe y esbozó una amplia sonrisa.

—Y ya es hora de que lo admitas.

Ella frunció el ceño.

—Lo sé. Me resulta difícil reconocer cuando me equivoco. Tengo una naturaleza contradictoria y puedo ser un poco arrogante.

—Yo diría que eres más orgullosa que arrogante. Eres una mujer apasionada con una mente independiente y un corazón que vale la pena conquistar.

Allegra lo abrazó con más fuerza.

—No necesito demasiado a la gente, pero te *necesito* a ti.

Baird apretó su cara contra la curva de su cuello para sentir su calidez, su fuerza y su amor.

—Me vas a tener ahora y para siempre —murmuró con voz ronca.

Allegra entonces le dio un beso en el punto sensible que hay debajo de la oreja, lo que hizo que Baird gruñera de placer. Sus labios se curvaron pegados a su piel.

—Me gusta el sonido de la eternidad pero, en este momento, me gustaría concentrarme en el *ahora*.

Baird se rió entre dientes.

—¿Estás impaciente?

—Impaciente —respondió dándole otro beso en el cuello—. Ardiente —bajó la voz y abrió los labios para besarle la mandíbula con la boca abierta—. Y desesperada —su lengua se deslizó caliente y provocativa sobre su cuello.

Baird gimió y giró la cabeza para reclamar su boca con la suya. El beso fue profundo e intenso. Toda la pasión que habían reprimido afloraba a la superficie y ya no podía ser negada. Sus lenguas se retorcieron y enredaron vorazmente, mientras jadeaban y suspiraban moviendo sus cuerpos el uno contra el otro, buscando un contacto lo más íntimo posible.

La sangre de Baird corría acalorada por sus venas, bombeando a un ritmo furioso, hasta que llegaba a su ansioso miembro viril con un propósito muy determinado.

Mientras la besaba con toda la fuerza del amor y el deseo, tenía luchar contra el impulso de penetrarla y poseerla de todas las formas posibles. Esa mañana en Inverness todo había ido demasiado rápido. La había asustado, y no quería volver a cometer ese error.

Sin embargo, se daba cuenta de que Allegra estaba cada vez más apasionada debajo de él. Sus manos lo apretaban con fuerza, sus muslos estaban tensos y se movían apretándose contra los de él. Cuando le mordió el labio inferior, Baird casi no pudo evitar empujar sus caderas

contra ella para dar satisfacción a su cuerpo.

Pero de pronto, Allegra interrumpió el beso y le puso una mano en el pecho para intentar crear un poco de espacio entre ellos. Él se tensó de pies a cabeza, preparado para apartarse mientras la miraba a los ojos.

Ella respiraba profunda y entrecortadamente mientras sus ojos oscuros recorrían su rostro. Le volvió a besar la boca y se volvió a incorporar hasta encontrarse de nuevo con su mirada.

—¿Hay algún lugar más cómodo al que podamos ir? Aunque este sofá sea encantador — continuó—, creo que tu cama sería mucho más apropiada para que hagamos el amor.

Baird casi se atragantó por la sorpresa y su sangre se llenó de lujuria.

—¿Me estás pidiendo que te haga el amor, entonces?

Allegra continuaba presionando sus pechos contra el torso de Baird y lentamente le ofreció una sonrisa deslumbrante ensanchando los labios hasta formar una curva deliciosa.

—Tú me haces el amor a mí, y yo te hago el amor a ti. Preferiría que participemos por igual, si no te importa.

Baird emitió un sonido que era en parte una risa, en parte un gruñido, y enseguida se apoderó de su boca con un beso rápido y apasionado, antes de levantar la cabeza de nuevo.

—¿Estás segura, muchacha? No te apresures en hacer algo de lo que luego te puedas arrepentir.

—Te deseo, Baird Macrae. Ahora. Hoy. Mañana. Y mientras sigamos vivos. Y no pienso perder ni un segundo más fingiendo que no es así. —Enmarcó su rostro entre sus manos y lo miró valientemente a los ojos—. Llévame a tu cama.

En un segundo, Baird se puso de pie sin dejar de sujetarla, y con el mismo impulso la levantó en el aire y la colocó sobre su hombro, apoyando un brazo en la parte posterior de sus muslos para mantenerla firme mientras cruzaba rápido y seguro el salón para ir a su dormitorio.

La risa de Allegra terminó de animar cualquier zona de su cuerpo que no estuviera ya ardiendo de deseo.

Capítulo diecisiete

Allegra no pudo evitar reírse. Había esperado mucho tiempo para volver a sentir la pasión y el deseo, pero le había sorprendido el humor de Macrae, aunque conociéndolo tampoco debería haberle extrañado.

Una vez en el dormitorio, Baird la puso de pie con cuidado.

—Un momento —murmuró mientras se giraba buscando algo por la habitación a oscuras.

Allegra, ansiosa por sentir sus caricias, comenzó a desabrochar la hilera de botones de su vestido. Un instante después, la habitación se iluminó con la luz de una lámpara pequeña.

Casi todo el espacio del modesto dormitorio estaba ocupado por la enorme cama. Por supuesto, era muy grande dado el tamaño de Macrae, pero había espacio más que de sobra para ella también.

Con el cuerpo temblando de deseo, Allegra observó cómo Macrae cruzaba la habitación para ir a la chimenea. Justo por delante había una silla junto a una mesa pequeña. Vio cómo se agachaba frente a la chimenea para encender el fuego y, cuando lo consiguió, se puso de pie y se giró para mirarla.

Mientras había estado ocupado, ella había logrado quitarse el vestido y estaba de pie frente a la cama en ropa interior, y aunque fuera de lana gruesa y algodón, para protegerse del frío, no parecía que a Baird le importara. La repentina rigidez que vio en todo su cuerpo y el ardor con que la miraba le indicaron lo contento que estaba de verla prácticamente desnuda.

Pero quería complacerlo aún más.

Cuando dio un paso hacia ella, Allegra levantó una mano para que se detuviera. Baird se quedó paralizado de inmediato, aunque retumbó en su pecho un gruñido de protesta.

Allegra sonrió. El poder su propia sensualidad se entremezclaba con su intenso deseo sexual, que surgía de lo más profundo de su ser.

Sosteniéndole la mirada, aflojó los lazos de su enaguas hasta que las deslizó más abajo de sus caderas y cayeron al suelo. Ya solo le quedaban las bragas, el corsé y la camisola.

Baird se pasó bruscamente una mano por la boca mirándola de manera intensa y devoradora.

Allegra esperó hasta que volvió a fijar la atención en su cara y asintió brevemente.

—Ahora te toca a ti.

Los ojos de Baird se abrieron como platos durante un instante, y enseguida se le levantaron las comisuras de la boca formando sonrisilla maliciosa. Llevó una mano por encima de su hombro, agarró la camisa, se la sacó por la cabeza y la lanzó a un lado con un movimiento suave.

Allegra se regodeó contemplando su musculoso torso desnudo. Ya se lo había visto de refilón aquella mañana de hacía ya un tiempo, pero no había tenido la tranquilidad para poder admirar la fuerza y la definición de su cuerpo.

Ahora lo podía hacer.

Era perfecto: hombros asombrosamente anchos, cadera esbelta y músculos fuertes y firmes por todo el cuerpo.

Ya estaba completamente desesperada por acariciar su cuerpo, por disfrutar con sus manos la fuerza de su masculinidad, y sentirla en su lugar más delicado.

En cambio, comenzó a desatarse los lazos del corsé. Después de soltarlos más rápido que

nunca, se quitó la rígida prenda y suspiró cuando sus pechos se consiguieron liberar de su confinamiento. Los sentía más pesados de lo habitual, así como que sus pezones estaban más sensibles al roce de la camisola, que se movía sobre ellos cada vez que respiraba.

Se preguntó si se verían tan ansiosos por ser acariciados, tal como ella los sentía, ya que Macrae parecía no poder dejar de mirarlos. La miraba vorazmente, y tan pronto imaginó su boca reclamando sus pechos tal como había hecho con sus labios, no pudo evitar que se deslizara un gemido de su garganta.

Entonces su atención se centró en su cara. Ardiente y ansiosa. Casi sin control.

—Me tienes de rodillas, muchacha.

—Todavía no —respondió y enseguida le ordenó jadeando—. Ahora te toca a ti de nuevo.

Baird entrecerró los ojos, y sus manos se dirigieron al cierre de sus pantalones. En cuestión de segundos, se los bajó por sus musculosas piernas, y una vez en el suelo los apartó de una patada. Cuando volvió a levantarse, cubierto tan solo por unos calzoncillos de algodón apenas apoyados en sus esbeltas caderas, no hizo nada por ocultar la magnitud de su deseo. Simplemente se cruzó de brazos y asintió brevemente.

—Termina, muchacha. Estoy a punto de perder lo poco que me queda de autocontrol.

Su voz era ronca y profunda, y como siempre le provocó escalofríos, aunque al mismo tiempo también sentía que el cuerpo le ardía.

De un tirón, Allegra hizo que sus bragas cayeran al suelo. Después agarró el dobladillo de la camisola, se la sacó por la cabeza y la dejó caer en la pila de ropa que tenía a los pies.

Allegra, completamente desnuda, levantó la cara para observarlo mientras él, a su vez, recorría con la mirada cada centímetro de su cuerpo: desde la curva de sus hombros, pasando por sus pezones adoloridos, por su vientre tembloroso y por toda la longitud de sus piernas.

Cuando volvió a mirarla a los ojos su expresión era tensa y apasionada.

—Apenas puedo creer que esto no sea un sueño —murmuró con voz ronca.

Allegra se estremeció al oír el tono de su voz. Lo miró a los ojos y sintió una atracción que no se parecía a nada que hubiera podido imaginar. Era intrínseca e inevitable. Se había apoderado de su corazón y de su alma, y se preguntó cómo había podido resistirse a ella durante tanto tiempo.

—No esperemos más.

No lo hizo.

Baird se abalanzó a toda prisa sobre ella y la levantó en sus brazos hasta que estuvieron apretados el uno contra el otro desde los hombros hasta los pies. Fuego. Fuerza. Deseo enloquecedor. Su boca se apoderó de la de ella antes de que siquiera lo hubiera rodeado con sus brazos. Y mientras su lengua se hundía en su boca, y su piel ardía pegada la de ella, decidió levantarla del suelo para llevarla a la cama.

Entonces, colocó su delicioso cuerpo musculoso sobre ella, que apartó las piernas permitiendo que apoyara su muslo directamente contra su sexo. Era una sensación deliciosa y turbadora que le hacía sentir estertores en el vientre.

Después, Baird desplazó la boca hacia un lado de su garganta, y Allegra no pudo evitar jadear intensamente. Su lengua rozó el pulso que le latía en el cuello, y después le mordisqueó la piel de un hombro, arrancándole un profundo gemido. Entonces hizo una pausa para sujetarle la cadera y pasar una mano alrededor de la parte posterior de su muslo para levantarle una pierna.

Su profundo gruñido de satisfacción hizo que a ella le temblaran todos los músculos del cuerpo. Durante un instante sintió la presión de su miembro erecto contra su sexo, pero

enseguida Baird llevó un brazo por debajo del hueco de su cintura, obligándola a arquearse, y a moverse hacia abajo entre sus piernas. Estaba a punto de expresarle su decepción cuando de pronto su cálido aliento llenó de humedad uno de sus pezones.

Allegra entonces levantó la cabeza de la almohada y vio cómo tomaba posesión de unos sus pechos con un beso devorador. Baird cerró la boca sobre el pezón, se lo introdujo profundamente en la boca y le hizo una cautivadora caricia con la lengua.

Allegra le agarró su cabeza con las manos, y la empujó hacia ella mientras se arqueaba debajo de él ofreciéndole todo lo que podía de sí misma. Disfrutando de él. Baird deseaba su carne impúdicamente, y ella quería disfrutar igual de impúdicamente.

La suave y áspera textura de su barba rozó las curvas de sus pechos cuando giró la cabeza para meterse el otro pezón en la boca. En lugar de darle un beso profundo y succionarlo, lo acarició con movimientos de la lengua y un delicado roce con los dientes.

A pesar de estar muy concentrado, Baird observaba sus reacciones todo el tiempo, como si quisiera saber qué es lo que más le agradaba.

Si Allegra hubiera sido capaz de hablar en ese momento, le habría dicho que le estaba gustando *todo*. Su peso, su calor y su olor. Así como la atención que le dedicaba a su cuerpo, y la expresión de absoluta adoración y deseo que mostraba su posesiva mirada.

De pronto, ella deslizó las manos por su ancha espalda y le acarició los hombros, mientras la lengua de Baird continuaba dejando un rastro de calor y humedad sobre sus senos. Cuando terminó, decidió seguir más abajo.

Sumergió la lengua en su ombligo, y ella no pudo dejar de jadear.

Después le mordisqueó el pliegue entre la cadera y el muslo, y ella tuvo que hacer un movimiento involuntario de su pelvis.

Cuando finalmente le levantó las piernas por encima de los hombros, y le sujetó las nalgas con las manos, ella se tensó anticipando lo que venía. Se le cortó la respiración y sus manos apretaron con fuerza las sábanas. Observó su cuerpo desnudo, que estaba listo para penetrarla. Sus ojos verdes brillaban de manera muy hermosa, y sus labios formaban una sonrisa traviesa.

—No te contengas, muchacha —le ordenó con un tono ronco—. Quiero todo tu fuego para mí.

Enseguida bajó la cabeza, y se apoderó de su sexo con su caliente boca abierta, y lamió y succionó sus labios de manera muy intensa y exuberante. Mientras la acariciaba con la boca y le daba algunos tirones, su barba le raspaba suavemente la parte interna de los muslos.

Allegra había perdido la conexión con todo lo que no fuera el placer profundo y emocionante que le estaba proporcionando.

Baird continuó con sus apasionados lametones y sus profundas embestidas con la lengua, haciéndola palpar de deseo anhelando que la penetrara de manera más profunda. Entonces cerró sus labios sobre su clitoris hinchado, y lo besó y succionó con tanta pasión que la obligó levantar las caderas de la cama mientras jadeaba desesperadamente.

Baird murmuró algo tranquilizador pegado a su sexo caliente y cambió de posición. Aunque continuó jugando con la lengua con su clitoris ardiente, lentamente le fue introduciendo un dedo por su resbaladiza vagina.

La presión que ejerció al penetrarla con un dedo, la llevó enseguida a experimentar un nuevo nivel de sensaciones.

—Baird... por favor. —No sabía qué estaba pidiendo, pero tenía la sensación de que Baird la entendería.

Su respuesta fue un suave gruñido y continuó con su exploración mientras le hacía el amor con la boca. Allegra sentía que cada vez estaba más cerca de alcanzar el clímax, y cuando añadió un segundo dedo, sus músculos internos se tensaron provocándole un feroz estertor que la obligó a gemir de placer.

—Eso es, muchacha. Libera toda tu pasión para mí.

El murmullo de sus palabras se deslizó sobre sus pliegues calientes mientras sus dedos seguían penetrándola apasionadamente. Tenía todos los músculos del cuerpo tensos; y el vientre salvajemente agitado. Y cuando finalmente le rodeó el clítoris con la parte plana de la lengua, Allegra simplemente sintió que había perdido la cabeza por completo.

Una sensación enormemente placentera estalló con fuerza en su interior. Y una oleada de sensaciones se extendió por todos sus nervios, excitados por las caricias que le estaba haciendo con la boca y los dedos, que estaban a punto de llevarla al culmen del placer.

Después de unos momentos, la sensación de gozo ya le había llegado hasta las puntas de los dedos de la mano y de los pies, y su cuerpo estaba completamente lánguido. Cuando abrió los ojos vio que Macrae levantándose apoyado en las rodillas y las manos. Enseguida deslizó las manos por sus brazos musculosos, y le acarició desde el pecho hasta su abdomen duro y musculoso. Todavía llevaba puestos los calzoncillos, pero los botones se habían aflojado, y la gran cabeza de su miembro erecto llegaba más arriba de la cintura.

Allegra extendió una mano para acariciarla. Era suave y dura.

Macrae soltó un gemido y su vientre se endureció. Tenía los músculos de los brazos hinchados por el esfuerzo de mantenerse apoyado por encima de ella. Allegra miró hacia arriba y observó que tenía los ojos fuertemente cerrados y le latía con mucha fuerza el pulso en la garganta.

Entonces decidió hacer círculos con el pulgar sobre la cabeza de su miembro, y se deleitó observando cómo se le apretaba la mandíbula y sus labios se separaban mostrando los dientes.

Ansiosa por más, soltó el resto de los botones de los calzoncillos y tiró de ellos hasta que se deslizaron por sus muslos. Su erección por fin había quedado liberada. Estaba tan larga, gruesa y dura que parecía que le doliera. Desesperada por calmarlo, agarró su miembro ardiente con ambas manos.

El gemido que resonó en el pecho de Baird le hizo sentir una nueva forma de placer que volvió a encender el fuego que ardía en su interior. Su tamaño era intimidante, pero su cuerpo ansiaba que la penetrara reclamándola como suya.

Deslizó las manos a lo largo de su miembro endurecido, volvió a hacer círculos con los pulgares sobre la cabeza, y enseguida las deslizó hacia abajo nuevamente. Estaba muy caliente y suave, así como muy duro y hambriento. Cuando volvió a subir las manos, notó que una gota de humedad escapaba de la hendidura de la parte superior. La tocó suavemente con la punta de un dedo y rápidamente la extendió sobre su piel satinada.

—Me tienes al borde del abismo, muchacha —su voz sonaba ronca y tensa.

Allegra levantó la mano y la llevó hasta su nuca. Inclino la barbilla hacia arriba y lo atrajo hacia ella alcanzando a captar el calor de su mirada justo antes de que su boca se apoderara de la suya. La voracidad con la que le introdujo la lengua la hizo gemir. Su aliento entrecortado luchando por mantener el control le provocaba un fuerte hormigueo en el vientre.

—No esperes más —murmuró pegada a sus labios—. Te necesito ahora. Dámelo todo.

Con un gruñido brutal cargado de deseo, la volvió a besar mientras bajaba los codos y acomodaba sus caderas entre sus muslos abiertos.

Allegra se arqueó todo lo que pudo bajo su cuerpo. Le encantaba poder disfrutar del roce

de su pecho sobre sus pezones, de la sensación que le provocaban sus muslos apoyados sobre los de ella, así como de la contundente presión de su miembro erecto contra la entrada de su vagina. Ansiaba que se lanzara y la penetrara por completo.

Pero Baird se detuvo.

Le enmarcó la cara con las manos y la miró fijamente a los ojos. Su expresión era profundamente sincera, y su sonrisa mostraba una vulnerabilidad que no había percibido antes.

—Quiero que sepas lo mucho que esto significa para mí —empezó a decir con un murmullo ronco—. El regalo que me estás dando no es algo que me vaya a tomar a la ligera. Juro que todos los días de mi vida seguiré demostrándote que tu confianza no era equivocada. —Allegra quiso hablar, pero apretó suavemente su pulgar sobre sus labios acallando sus pensamientos, y apareció en su mirada una chispa de humor—. No puedo decir que nunca vayamos a estar en desacuerdo. Supongo que discutiremos bastante. Pero nunca te haré daño. Y si lo hiciera sería infinitamente peor para mí que para ti.

A Allegra se le entrecortó la respiración y el corazón le dio un vuelco. Frunció los labios para besarle el pulgar.

—Te amo.

Tenía la intención de decir más. Contarle todas las razones por las que había estado equivocada, hacerle su propio juramento de lealtad y prometerle que nunca dudaría de él. Pero solo le salieron esas dos palabras.

A Baird se le hinchó el pecho al inspirar profundamente con la mirada brillante de emoción.

—Dímelo otra vez, muchacha.

El murmullo ronco de su voz le apretó el corazón y le volvió a despertar la pasión.

Inclinó la barbilla y lo abrazó.

—Te amo, Baird Macrae.

Y enseguida se apoderó de su boca en un beso embriagador que le provocó hormigueos y un placentero estertor en el vientre. Entrelazó su lengua con la de él, le pasó las manos por sus hombros y elevó las caderas buscando la erección que palpitaba entre sus muslos.

Entonces, Baird soltó un gruñido entrecortado que le llegó hasta los huesos y la cabeza de su miembro suave y duro se deslizó por su sexo caliente y resbaladizo.

La deseaba.

Y ella lo deseaba a él.

Allegra metió una mano entre sus cuerpos empapados de sudor y le agarró el miembro con fuerza. Baird gimió de nuevo con un sonido ronco y cargado de pasión. Inclinó las caderas, y ella dirigió la cabeza satinada del miembro para que entrara en su vagina.

Baird soltó todo su aliento contra sus labios sin ninguna duda.

Cuando impulsó las caderas hacia adelante y comenzó a penetrarla Allegra jadeó intensamente. Sintió cómo su sexo resbaladizo y suave se abría paso en un avance lento pero insistente. Cuando Baird hizo una pausa para retirarse un poco, ella dobló las rodillas alrededor de sus caderas, lo que le permitió penetrarla más profundamente.

Unas cuantas embestidas más, dulces y dolorosamente lentas, y ya había entrado en ella por completo. Sentir la anchura y la longitud de su miembro palpitando dentro de su cuerpo eran una experiencia increíble que hacía que se sintiera completamente poseída por él.

Entregarse por completo a otra persona podría haber sido algo aterrador, pero confiaba en Baird incondicionalmente, con todo lo que eso significaba.

Pero la entrega no era unilateral. Cuando Baird levantó la cabeza para mirarla a los ojos,

Allegra supo de inmediato... que él también estaba completamente entregado a ella.

Le dio un beso suave y tierno en los labios, diciéndole sin palabras todo lo que sentía. Pero cuando su boca se movió suavemente contra la de él, se dio cuenta de que quería más. Separó los labios y le pidió que la besara con más intensamente. Y Baird le respondió succionando su lengua mientras giraba sus caderas sin separarlas de su entrepierna.

Este movimiento encendió sus cuerpos proporcionándoles una oleada de placer .

Cuando volvió a moverse le sujetó las nalgas y ella jadeó arqueando la espalda.

Baird se fue retirando hasta que solo la punta de su miembro permaneció en contacto con su sexo, pero enseguida embistió hacia adelante volviéndola a penetrar profundamente. Lo repitió una y otra vez moviendo todo el cuerpo Allegra con una pasión tan profunda que lo único que ella podía hacer era sujetarse y permitir que la llevara a su ritmo.

Cuando su Allegra comenzó a tensarse y a apretarse por el placer profundo que estaba sintiendo, de pronto Baird deslizó sus brazos alrededor de su cuerpo y le rodeó la cintura. Enseguida se levantó y se apoyó sobre los talones para que ella quedara sentada a horcajadas sobre él. Allegra entonces rodeó sus caderas con sus piernas mientras su grueso miembro la continuaba penetrando profundamente.

Baird mantenía sus nalgas sujetas con sus grandes manos y la instó a mover las caderas con movimientos delicados y suaves para sentir una caricia interior profunda y arrebatadora. Enseguida un intenso placer recorrió todo su cuerpo. Agarró sus anchos hombros y se arqueó todo lo que pudo dejando caer la cabeza hacia atrás y empujando sus pechos hacia adelante.

Baird se metió un pezón en la boca y lo mordisqueó delicadamente mientras continuaba moviéndose dentro de ella. El placer que sentía Allegra aumentaba exponencialmente. Todos los sentidos se veían superados por esa sensación tan increíble.

Y entonces, de pronto, alcanzó el clímax.

La atravesó una oleada de placer feroz y palpitante que la rompió por completo y rápidamente la volvió a unir mezclando de manera increíble el amor y el maravillamiento.

Pero continuó aferrada a él, rodeándole la cabeza con los brazos mientras él le besaba la garganta con la boca abierta y continuaba empujando hacia su tembloroso cuerpo. Sus brazos se aferraron a ella con tanta fuerza que apenas la dejaba respirar, pero a ella no le importó porque le permitió sentir el momento exacto de su orgasmo. Su respiración se entrecortó emitiendo un sonido ronco. Su corazón retumbó contra el de ella y sus dientes se cerraron justo en el ángulo entre su cuello y su hombro. El tsunami de placer que estalló dentro de ella prolongó su orgasmo mientras continuaba aferrada a Baird.

Cuando las chispas de su fuego se fueron apagando y su ritmo cardíaco se desaceleró, Baird deslizó las manos por su columna. Curvó los dedos sobre sus hombros y la empujó un poco hacia atrás para que sus ojos se encontraran. Ella apretó los muslos alrededor de sus caderas, anclándose con fuerza a él. No estaba preparada para que sus cuerpos se separaran.

Baird le sostuvo la mirada, y bajó la cabeza para darle un beso reverente en la curva de su pecho, justo encima de los latidos de su corazón.

—Ahora eres mía, amor. Y yo soy tuyo.

—Ahora y para siempre —respondió ella, usando sus propias palabras.

La sonrisa de Baird la volvió a encender y un posesivo gruñido reavivó la llama del deseo en lo más profundo de su ser. Deslizó una mano por su cabello para sujetarle la cabeza y le dio un beso profundo que rápidamente los hizo caer de nuevo en la cama.

Epílogo

Allegra se había despertado muy tranquila. Tenía el cuerpo caliente y sentía su cuerpo pesado por el sueño, pero su corazón se había aligerado. Nunca había dormido tan bien como en los brazos de Baird en su cama gigante de la pequeña cabaña de piedra.

Al abrir los ojos, se sintió atrapada por una mirada verde y una sonrisa traviesa.

—Buenos días.

Su voz sonaba ronca y soñolienta, lo que le provocó escalofríos en el vientre pues le recordaba a la de otra mañana similar a ésta, pero infinitamente diferente.

Se deslizó entre las sábanas hasta que su vientre y sus pechos se apretaron contra su cuerpo, y sus piernas se enredaron con las de él. Acarició su pecho duro, y sintió la excitación de su miembro caliente y excitado contra su muslo. Baird la cogió de la cintura y con una de sus grandes manos le acarició el trasero estrechándola aún más a la curva de su cuerpo.

Allegra inclinó la cara hasta que sus labios casi rozaron los de él, y le susurró:

—Buenos días... esposo.

El gruñido de satisfacción de Baird encendió hasta los rincones más secretos de su cuerpo.

—Me encanta cómo suena eso, esposa.

Después de pasar la mayor parte del día después de la fiesta de Navidad de los Darrow metidos en la cama, decidieron regresar juntos a Darrow House. Allí, con el conde y la condesa como testigos, intercambiaron votos ante el clérigo local, que estaba más que feliz de alejarse de los preparativos para el servicio de Navidad del día siguiente para unir a los amantes bajo el resplandor de las luces de colores y el aroma de las ramas de pino y de acebo. El primer beso que se dieron como marido y mujer fue bajo una ramita de muérdago.

Después regresaron a la cabaña y se encontraron con que los esperaba un festín inesperado, sin duda organizado espontáneamente por la delicada lady Darrow, quien no parecía muy sorprendida en absoluto por sus apresuradas nupcias.

Allegra suspiró cuando Baird le dio un beso lánguido que, lenta e inexorablemente, estimuló sus pasiones más profundas. Pero antes de que se alargara demasiado, se apartó.

—Tenemos que prepararnos. Nos esperan en Darrow House para el desayuno.

Él gimió y movió las caderas, empujando más fuerte contra su muslo hasta que su miembro presionó su cálido lugar más íntimo.

—¿Por qué no podemos quedarnos aquí?

Allegra tardó un momento en pensar en algo que no fuera lo mucho que ansiaba sentir su lujurioso miembro dentro de ella.

—Porque es el día de Navidad y prometimos pasarlo con nuestros amigos.

—Nunca debimos haber hecho semejante promesa —gruñó Baird—. Y ellos no debieron habernos invitado.

Le puso la mano en la parte posterior del muslo y le levantó la pierna por encima de la cadera. Después la empujó hacia arriba, y volvió a deslizarse suavemente su miembro en su vagina húmeda y acogedora. Allegra gimió de placer, arqueó la columna y movió las caderas para que la penetrara más profundamente.

Entonces deslizó las manos por su cabello y pasó los dedos por sus mechones de color fuego.

—Supongo que podemos llegar un poco tarde.

Ella interpretó que su grave y sonoro gemido era un gesto de total conformidad. Entonces Baird se dio la vuelta y la colocó encima de él aferrando firmemente sus manos a sus caderas.

—Será más que un poco tarde, esposa.

Allegra sonrió.

—Bésame, Macrae.

Y lo hizo, una y otra vez.